869.1
M3483m

MESA REVUELTA

POLÍTICA Y LITERATURA

POR M. MÁRQUEZ STERLING

CON UN PRÓLOGO

DE

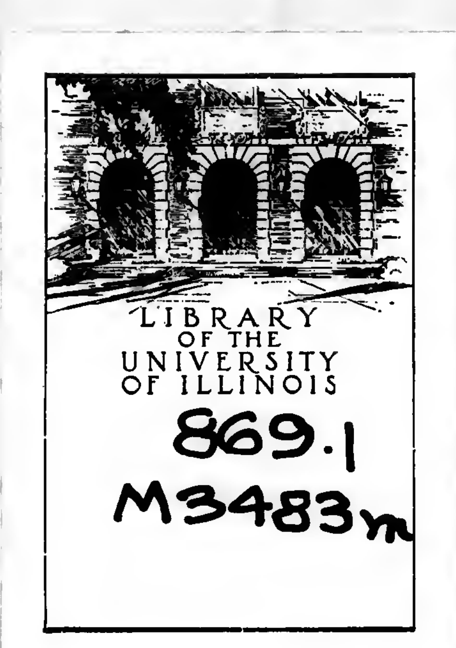
REMIGIO MATEOS,

Director de «El Continente Americano»

PRECIO: 50 CENTAVOS
EN NEW-YORK: 20 CENTS. ORO
EN MADRID: PTAS. 1.50

MEXICO
HOECK Y HAMILTON, IMPRESORES
1ª de San Francisco No. 12

1898


LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS
869.1
M3483m

MESA REVUELTA

DEL MISMO AUTOR

MENUDENCIAS.—(Críticas).—Agotada.
QUISICOSAS.—(Sátiras y críticas).—Agotada.
ESCARCHA.—Prólogo de Manuel del Palacio.
RASGUÑOS.—(Sátiras y críticas).
PÁGINAS LIBRES.—(Política y literatura.)

M. MÁRQUEZ STERLING

CIRO B. CEBALLOS

MESA REVUELTA

PRÓLOGO DE REMIGIO MATEOS



MEXICO
HOECK Y HAMILTON, IMPRESORES
1ą de San Francisco No. 12

1898

869.1
M3483m



CIRO B. CEBALLOS

PROLOGO

HÁLLANSE coleccionados en estas páginas diversos artículos. El autor los ha puesto aquí en desorden, tal como brotaron de su imaginación impresionable y de su pluma caprichosa. No encontrará en ellos quien los lea una idea común, un plan fijo al cual aparezcan subordinados; su hacinamiento al descuido merece el título con que aparecen designados en conjunto: MESA REVUELTA.

Sin embargo, es este libro una enseñanza para nuestros escritores que anhelan ser leidos é imploran con frecuencia, lastimosamente, una poca de atención, siendo ellos los primeros en desdeñarse, desdeñando agrupar para el recuerdo y el estudio lo que concibieron y crearon con afición y cariño; es también un reproche para los que profesan á sus propias obras un rencor comparable al que experimentan algunas mujeres hacia el rubio niñito de azules ojos, fruto de amores inolvidables, pero que con su tierna figurita trae á la memoria la impre-

Gen Res Span

sión amarga del amor desengañado, la imagen resucitada de la ilusión perdida y muerta para siempre.

Conceptúo labor utilísima la del coleccionista, adelántase con su tarea al posterior é indispensable trabajo de clasificación. Nadie seguramente podrá negar la superioridad del resuelto emprendedor de una obra buena ó mala pero completa, sobre la nociva y perezosa habilidad del empedernido constructor de piezas sueltas que nunca llegan á soldarse. Voltaire en la crítica, Comte en la ciencia pura, Shakespeare en la literatura, se nos revelan completos con toda la sublimidad de su atrevido talento, hoy que nos es dado estudiarlos y comprenderlos extensa y minuciosamente; júzguese de nuestras fatigas y nuestros sinsabores si para lograr conocerlos nos fuera preciso huronear aquí y allá, rebuscando y completando lo que merced á un trabajo detenido y laborioso, encontramos selecta y cuidadosamente coleccionado en ordenados volúmenes, que á nuestra mano hallamos y tomamos sin esfuerzo alguno en la estantería de cualquier biblioteca. ¿No son acaso las grandes ciencias, aquellas que ostentan grandiosas clasificaciones? *La Iliada*, de Homero, por su amplitud, su elegante extensión y su estudiada prolijidad, aparece más grande que las *Odas* de Horacio y éstas más inspiradas, por más completas, que las descuidadas versificaciones de Anacreonte; Dante se nos antoja y es realmente superior al Ariosto, más bien por el orden y método para fundir y amoldar sus gigantescas concepciones, que por la admirable exuberancia de su imaginación y de su sentimiento; Hugo y Zola, como hacedores de algo que asombra por sus tamaños y su

trascendencia, pensado, desarrollado y terminado, serán inmortales; en cambio el olvido caerá con sus cenizas, duras como el granito, sin dejar de ellos rastro ni huella, sobre los perturbados y extravagantes imitadores de la displicencia y los caprichos del gran inspirado por la *musa verde*, Musset.

No aspira el autor de MESA REVUELTA á la inmortalidad, ni presume de hacer obra imperecedera, tampoco es el cándido que se afana por ahorrar á la posteridad el ímprobo trabajo de descubrir las señales de luz que marcaron su vida y sus pasos por el planeta, no, obrero modesto aspira tan solo á ser leído, sin exigirlo; piensa y escribe, tiene derecho para reclamar un momento de atención. Conocido ventajosamente en la prensa extranjera y colaborador de algunos de los insignificantes periódicos del país, ha demostrado siempre en sus escritos intención y buen gusto; viajero é inquieto, su vida errante le ha hecho adquirir en América y Europa amigos de redacción, de mesa, de trabajo, un círculo en fin que lee con agrado las producciones de su ingenio; siente y no es egoista, nos trasmite y hace partícipes de sus impresiones, y modestamente invita al público con su libro impreso y á la exhibición en los escaparates, para que, si á bien lo tiene, ocupe un asiento en la velada íntima, al lado de nosotros que por afecto y simpatía lo recorremos leyendo en alta voz, deteniéndonos á cada paso para comentarlo implacablemente. . . .



A la sombra de la propaganda en favor de Cuba revolucionaria, se han alzado audazmente media-

nías cuya escasez de intelecto las tenía relegadas á la obscuridad de una insignificancia merecida; la ferviente simpatía que en todo sér racional despiertan los luchadores de la manigua, ha autorizado y disimulado que en nombre de la Libertad y para ayuda del oprimido, se perpetren y sancionen los más abomiuables atentados contra la lógica, la literatura y el sentido común.

Cualquier honrado ciudadano, poseído de entusiasmo, se cree apto para externar juicio sobre la política colonial y la historia militar de España; sobran poetas que con toda la crudeza de un capataz de presidiarios, se encaran con los soldados de María Cristina, para dar rienda suelta á una inspiración que sólo alcanza á rimar imperfectamente algunas insolencias; abundan empalagosos Jeremías de las desventuras antillanas, que abusan cruelmente de los resignados á escucharlos, y hasta vulgar se ha hecho el tipo del orador cuyos períodos retumbantes producen el efecto de lluvia de piedras al golpear sobre una techumbre de hojalata. Tres años llevamos ya de estar leyendo artículos, poesías y discursos cuya palabrería estruendosa ha acabado por ensordecernos. ¿No basta todavía?

Por más que se diga, no puedo encontrar razonable que soportemos con tanta paciencia esos desafueros, contraría y desazona el que se ensalce con notoria injusticia la alharaca de esos insignes charlatanes. Pasará sobre ellos el tiempo y menospreciados por la crítica volverán al abismo de la nada, de donde en mala hora salieron para ostentar cínicamente su ignorancia y atrevimiento. Quedarán entonces para el aplauso universal y la veneración

del pueblo cubano, el trabajo razonado y firme, la joya literaria pulimentada al calor del entusiasmo, y la elocuencia grandiosa de la filosofía revolucionaria; mientras allá en el olvido se desvanecerán para siempre los fuegos fátuos de la pedantería y de la vanidad.

MESA REVUELTA ofrece algunos artículos políticos relacionados íntimamente con la cuestión de Cuba, su autor ha querido, consiguiéndolo, guiar correctamente la pluma sin desviarse por el sendero que indefectiblemente lleva á la vulgaridad y á la exageración, en ellos no hay la dureza bruscamente expresada que tanto agrada á los apasionados y á los ignorantes, pero domina gallardamente la crítica punzante, informada por una sátira de donoso ingenio.

Luis Morote, es un amargo reproche á la ligereza y á la desvergüenza, un vigoroso latigazo á la falsedad, un anatema terrible para el hipócrita y una burla sangrienta al hablador presuntuoso; *El sobrino de su tío*, acentúa la nota de la dignidad cubana que magestuosamente pulveriza al convenenciero y al traidor; *Evoluciones*, es un sarcasmo bien manejado y mejor dirigido.... ¿habré de enumerar? no, digámoslo de una vez, en los artículos políticos de MESA REVUELTA palpita esa protesta que levanta un pueblo nutrido en el dolor y fortificado en el martirio, contra la opresión y sus secuaces, domina allí puro y hermosísimo el amor á la patria ausente y nunca olvidada, y flotan sensiblemente la indignación y el patriotismo alzándose airados para condenar y maldecir.

Ah! Los emigrados cubanos que distraen sus ocios

atiborrándose de lecturas insulsas, plagadas de tonterías, al hojear siquiera una vez este libro, sentirían como nadie sus enseñanzas; los indiferentes y los ofendidos harían justicia á una época que si ha abortado charlatanes también ha sabido amamantar sanas inteligencias, dando vida á la silenciosa pero firme labor de los modestos, de los convencidos, y prestándose como ninguno á hacer destacar entre la masa informe de la petulancia engreída, la figura simpática del pensador artista.



El autor de MESA REVUELTA es un creyente, tiene fe en la existencia de una literatura hispanoamericana, por eso fustiga severamente el afrancesamiento vituperable de nuestra juventud literaria, que pudiendo ser creadora cifra su porvenir y su gloria en la más servil de las imitaciones. La turba de jovenzuelos incipientes que ha hojeado con deleite todos los extravíos de la bohemia parisiense, ha estancado en el cieno de una decadencia prematura todas sus energías, en su prosa abigarrada y en los amaneramientos de su poesía, cincela resignadamente el galicismo, sin pensar siquiera en la pequeñez y esterilidad de esa tarea pobre en la concepción y raquítica en los procedimientos. El ideal de nuestros niños literatos va siendo la glorificación de un lenguaje desconocido, que podrá tolerarse mientras un ambiente regenerador no venga á barrer con nuestras ignorancias, purificando esta atmósfera de mezquindades intelectuales, que atrofia ó enloquece los cerebros anémicos de una generación que ha leí-

do sin orden ni provecho y prejuzgándolo inimitable, cuanto ha traído del Viejo Continente patente de ingenio y donosura; cífrase así la originalidad en la extravagancia, y el afán de singularizarse á toda costa, impone los manejos más desprestigiados, con perjuicio de la inspiración y de las aptitudes, que á ser guiadas y cultivadas con más acierto quizá no produjeran esos frutos, podridos antes de madurar, que inundan profusamente nuestros papeles impresos.

El lector habrá de saborear en MESA REVUELTA sátiras finísimas encaminadas á ridiculizar tan medradas producciones. Revélase en ellas el carácter del autor, reposado y sensato en el juicio, firme y severo en el ataque. *Asfodelos* es una muestra de ese criterio sano que envidiarían algunos si no vivieran sumidos voluntariamente en el limbo de sus fatuidades, aspirando con deleite el incienso de la adulación que tan fácilmente desvanece y trastorna á los vanidosos, que modestamente sueñan poseer todos los atributos y los grandezas del genio. En MESA REVUELTA se profetiza y espera la proximidad del desengaño. Los organismos inferiores son generalmente de corta vida.



Asegúrase casi universalmente que la literatura española se encuentra en un estado de decadencia lamentable, y tengo para mí que es más bien víctima de una enfermedad enervante ocasionada por sus recientes extravíos; que estos puedan llevarla hasta la muerte es muy discutible. ¿Al siglo XIX

en sus postrimerías le estará reservado el ver desaparecer una gloria que él supo agigantar resucitando maravillosamente al clásico Aristófanes decidor y verboso en las inmortales composiciones de Bretón de los Herreros, infundiendo en el inspirado numen de Espronceda el vigor y las tristezas de un Píndaro, y modernizando á Luciano en la chispa inimitable y las agudezas nunca envejecidas de Luis Mariano de Larra? Quizá no, que de ser así habríamos de ver con tristeza que nos estaba reservado el resignarnos á prolongar estas épocas de desencanto en las cuales buscamos afanosamente, sin hallarlas jamás en nuestros contemporáneos, las ternuras de Garcilazo, los sarcasmos de Quevedo y las sublimidades de Fray Luis de León.

Tiende á la ruina, es cierto, la literatura española, minada por el mal gusto y la apatía reinantes. Es tan cómodo el papel de literato traductor que todos se niegan á arrostrar las fatigas del estudio, prohibido tiránicamente por las ligerezas modernas.

No faltan, sin embargo, quienes protesten contra decisión tan absurda, amenazando con rebelarse decididamente. A estos *insurrectos* pertenece el autor de MESA REVUELTA. Los esperanzados en la salvación aplaudimos con entusiasmo su actitud.

REMIGIO MATEOS.



¡SEÑOR CAJISTA!

HA cometido Ud. la falta gravísima de mezclarse en asuntos que no le incumben. Su misión, al hacer este libro, era la de formar, en las cajas, lo que yo escribo, tal y como se me antoja. ¿Con qué derecho se permite Ud. el lujo de corregirme, Ud. que sabe mucho menos que yo?

No se asuste Ud., señor cajista: jamás le reclamaré judicialmente su audacia ilimitada. Eso sí, me preparo á sacar á la vergüenza pública su falta, como un castigo que le servirá de lección para lo futuro.



En la página 19, línea 18, dice *al que se mueren*, debiendo decir *al que se muere*. En

la página 21, línea 5, dice *realizado sus*, y debe decir *realizados sus*. En la página 44, línea primera, dice *blanca camisa* y debe decir *limpia camisa*.

En parte de la edición dice en la página 67, línea 13, *así como tercera*, debiendo decir *así como la tercera*. En la página 90 línea 22, dice *las naciones.*, lo que estaría bien escrito así: *las naciones:* es decir añadiendo un punto al primitivo.

Las demás erratas, el lector sabrá corregirlas; saco á relucir estas por considerarlas de más importancia.

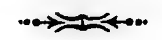


Hecha esta reconvención que juzgo necesaria, declaro solemnemente que es Ud. una persona muy decente y simpática, y que le aprecia lealmente su amigo,

M. MÁRQUEZ STERLING.



LUIS MOROTE



I

Los grandes hombres, los favorecidos por la gloria, los que miran al resto del mundo por encima del hombro, se ven expuestos siempre, entre otras cosas, á salir bailando, muy en contra de su voluntad, por el áspero pavimento de un periódico ó de un libro —metáfora del exquisito gusto de D. Melchor de Palau, el catalán más sufrido que conozco, (de vista).—Si miento, que den fe de ello Cánovas y Bismarck, Reverte y Emilio Zola. Difícil sería, por ejemplo, para el excanciller del imperio alemán impedir que á diario, en uno ú otro periódico del mundo civilizado, apareciese impreso su abrumador apelativo.

Luis Morote, redactor de *El Liberal* de Madrid, ha sido víctima en estos días de la envidiada gloria. Su nombre, atravesando con la rapidez del rayo océanos, bosques y maniguas, ha sido la comidilla de muchos periodistas de tijera, políticos de café y oradores de plazuela. Luis Morote ha gozado y ha sufrido mucho. Por varios días ocupó un lugar preferente en la cima del Sinaí, codeándose con Cánovas y Bismarck, Reverte y Emilio Zola. En su espinosa carrera de Rochefort de la prensa española, es innegable que ha obtenido el triunfo de una nueva aventura. Dios lo ha protejido y Máximo Gómez lo ha perdonado.

No creo que á Luis Morote le desagraden estas pobres cuartillas mías. También yo tengo el derecho de aplaudir y censurar, como cada vecino; también yo saco á bailar en el áspero pavimento de un periódico ó de un libro á Cánovas y Bismarck, Reverte y Emilio Zola. Recuerde Morote que él y yo hemos sido buenos amigos en Madrid; que cenamos juntos en el Casino muchas noches de aquel templado invierno de 1896; que juntos protestamos en la Zarzuela de aquella *Tiple ligera* de Urrecha; y que juntos tam-

bién charlamos á media noche á la salida del teatro, con la melancólica horchatera de la Puerta del Sol.

No lo he podido olvidar yo . . . tampoco lo habrá olvidado Luis Morote. Modesta (la horchatera), tenía impresa en el semblante la tristeza de la vida. Era una mujer guapa, arrogante, con el empuje de las españolas que han fijado en su mente y en su corazón, la estúpida silueta de un sargento de húsares. La recuerdo leyendo *La Correspondencia*, en la silla presidencial de la Horchatería, tragándose con sus ojos de histérica, la prosa desaliñada del popular periódico, y mirando á hurtadillas al desfachatado transeunte que, al pasar, se la hubiera querido comer de un solo bocado. . . .

¡Qué buenos ratos pasábamos en ese recodo de la Puerta del Sol! . . . . De vez en cuando, Luis Morote me invitaba á comer arroz á la valenciana en su tercer piso de la calle de Atocha y desfilábamos tres ó cuatro amigos, al mando del anfitrión, por la carrera de San Jerónimo. De paso, si encontrábamos á Rafael Salillas—el autor del *Delincuente Español*—ó á algún otro amigo, tratábamos de arrastrarlo hasta nuestro círculo

del tercer piso de Morote. Cuando ya nos hallábamos fuera de Madrid, á una buena altura, el tema obligado era la cuestión de Cuba.

El único en no desbarrar era Morote. Hablaba tal como escribía para *El Mercantil Valenciano*, abierta y francamente, como español nato, pero como español raro que tiene sentido común.

—El problema de Cuba—su frase favorita—es un problema de orden político; no es un problema que resolverá España por medio del fusil y la metralla . . . No lo ha de entender así el general Weyler que procurará concluir con la guerra á fuerza de crímenes, pero lo entendemos así los que llevamos dentro del pecho un corazón noble. Si el general Martínez Campos se ha considerado la víctima de un fracaso, la nación debe considerarse al mismo tiempo la víctima de una derrota que costará á buen precio su dominio sobre Cuba. No hay que hacerse ilusiones: si Cuba ha de ser nuevamente sometida á nuestro yugo, hemos de confesar entonces, que el pueblo cubano no es el pueblo viril, digno, tenaz, que pueda conquistar su independencia, pero nunca incurriremos en el

error de imaginarnos que una nación deshecha, ha vuelto sobre sus disparates de siempre, y ha triunfado de la rebeldía que se funda en el derecho.

Manuel Coronado y yo aplaudiamos, mientras los demás concurrentes protestaban, y el arroz á la valenciana humeante, provocativo, servía de oportuno intermediario.

Muchas veces pensé que Luis Morote era de los nuestros. Nuestros juicios, nuestras aspiraciones, le entusiasmaban. A una protesta de los crímenes de Weyler, que exprime á sus víctimas para arrojar su sangre sobre toda la nación, contestaba con frases de asentimiento. Era un hermano hallado en la Metrópoli opresora; un hermano que sentía como própias las desdichas, las amarguras del cubano.

La noche que nos despedimos, cenando en *Fornos*, dejé como recuerdo á Morote, una escarapela cubana que conservaba desde hacía tiempo en mi cartera. Nos dimos un abrazo muy estrecho. Le dí recuerdos para Moya, y me los dió para Coronado que, poco antes, había tenido que marchar para la Habana. Y su última frase fué esta:

—Cuidado con el Morro, amigo mío, no

se detenga Ud. en Cuba que las cosas andan por allá muy feas.

II

La venida de Luis Morote á Cuba, causó honda sensación en la Horchatería, y en la sala de esgrima, ambas de la Puerta del Sol. Moya sin encomendarse á Dios ni al Diablo lo quiso y Vargas y *Fernanflor* se lo aprobaron. El joven periodista que conquistó un nombre en Melilla, marchaba á Cuba á engrandecer su fama de corresponsal audaz, inteligente y poco discreto. ¡Qué alegría! ¿Morote soñaba ó estaba despierto palpando la venturosa realidad? Cuando se dió cuenta de aquel fenómeno hacía ya escala en Puerto Rico, enviaba su primera correspondencia á *El Liberal* y era, en suma, otro español que atraviesa el Atlántico, y que domina con la cabeza los impulsos del corazón.

Durante algunas semanas, que esta fué la breve permanencia de Morote en Cuba, sus correspondencias hicieron ruido. ¡Ya lo creo! ¡Tenía sobradas condiciones para escandali-

zar! En su pequeñez relativa se le puso de frente á Weyler para crecer ante la opinión pública. "Aquí—opinó bien pronto—no se pelea por España, se pelea por el estómago. El comercio impera. No hay militares." Y para consumar la obra de su audacia, se le presentó al general Máximo Gómez, con la simple idea de seguir creciendo ante la opinión pública.

¡Qué sensación cuando el telégrafo comunicó á Miguel Moya la calaverada de Morote! En la Horchatería hubo lágrimas y á las lágrimas siguieron los suspiros. Vargas, mascando su tabaco, daba por muerto al compañero, y *Fernanflor* se preparaba á escribir un cuento, muy perfumado, sobre el acontecimiento novelesco de Morote. Y entre tanto, Luis Morote, más pálido que un muerto, ante un Consejo de Guerra algo benévolo, hacía protestas de amor á la santa causa de la Independencia de Cuba, y juraba mil veces que Cuba peleaba dignamente, que el Ejército Libertador superaba en organización al Ejército invasor. El general Gómez lo puso en libertad, y no dejó de pensar, consultando con su almohada en el silencio de una noche clarísima de esas que expansionan á los

espíritus fuertes y sufridos, que hubiera sido mejor colgar al periodista.

Este pasaje interesante de la vida aventurera de Morote, dió fama á su audacia. No conquistó nombre de valiente ni de patriota, sino de audaz aventurero. Antonio San Miguel—el catalán de *La Lucha*, que decía *Fray Candil*—lo puso como chupa de dómine en su periódico. A esto siguió un conato de desafío, sin más resultado que la algazara consiguiente. Morote fué conocido en el mundo entero. Weyler lo embarcó de una oreja con rumbo á Tampa, y alternando entre un *¡Viva España!* y un *¡Viva Cuba libre!* (á discreción) Morote llegó á Nueva York, paseó un poco por la gran ciudad americana, y al mes, convertido en hombre célebre, contaba su novela á los amigos de la Horchatería y á los lectores de *El Liberal.*

III

Un periodista independiente como Luis Morote, que daba á sus artículos un tinte si no nuevo, poco común en España, lanzado al mundo con un buen talento, una mediana ilustración, y un tesoro de aspiraciones en

la cabeza, debió y pudo ser más afortunado en su campaña periodística en Cuba. No era necesario llevar dos caretas, y convertir los destinos de la patria en un carnaval político, en el que suelen sufrir las costillas y la reputación.

Pedir á un español que deje de serlo porque así nos conviene á los cubanos, sería una tontería fuera de razón. No, Morote pudo haber seguido siendo español sin perjuicio de mirar con los ojos de la justicia la lucha terrible que sostiene Cuba por su regeneración. Allí tiene Morote al eminente Pi y Margall, á quien nadie juzgará de traidor.

Sin embargo, el redactor de *El Liberal* no lo entendió así. Procuró á capa y espada sostener su puesto en la prensa madrileña; sacrificó á la compañía de Vargas, *Fernanflor* y Miguel Moya, su lugar entre Cánovas y Bismarck, Reverte y Emilio Zola. Luis Morote falseando la verdad, refirió su aventura amoldándola á su conveniencia, y entre otras frases que ni soñó en verter, ha estampado en *El Liberal* la siguiente:

—Oíd, cubanos—encarándose con el Consejo de Guerra;—vosotros quereis mucho á Cuba ¿no es cierto? Pues bien, tanto como

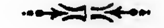
vosotros podreis querer á Cuba, así quiero yo á España.

Y no contento con eso, Morote ha calumniado al invicto general Máximo Gómez, ha querido popularizarse, desacreditando al Ejército Libertador que es un puñado de héroes que aman el martirio . . . .

Y en poco tiempo, hundiéndose en densa obscuridad, Luis Morote ha vuelto á su vida de antes, con menos ilusiones, perdida en parte su tranquilidad de hombre independiente; y á la salida del teatro, cuando dirige sus pasos á la Horchatería, y enfrenta con el café de *Fornos* ¡cuántas veces habrá recordado aquella hermosa escarapela que le dejé, como un recuerdo inapreciable, ignorando á quién se la dejaba!

(1897)

APUNTES DE VIAJE



PUEBLA

La ciudad de los Angeles, simpática y elegante, me recuerda á otra ciudad en que también hay ángeles, allá por las orillas del mar caribe. Real y efectivamente, si Puebla tuviera á sus pies el encrespado charco, sería á México lo que Matanzas á Cuba. Si se le compara á una dama, ésta ha de ser blanca, rubia, de ojos claros, nerviosa, de perfil criollo. En Puebla se goza de libertad: la gente es discreta, afable y . . . . muy cubana. Esto es, para mí, su mejor condición. Puebla tiene además encantos de persona modesta, lujosa de virtudes y sentimientos en el fondo de su corazón.



He experimentado en Puebla grandes satisfacciones. Aquí nadie olvida que hay un pueblo que lucha á las puertas del Golfo Mexicano por conquistar lo que difinifica á todo el resto de América. En Puebla el cubanismo se cultiva, pero no se fabrica. Hay sólo españoles y cubanos. Los españoles, todos, importados de la tierra de las perras grandes y de las perras chicas. Los cubanos . . . . hijos de Puebla en su mayoría. No he oído, como en otras partes:

—Fulano se ha vendido.

—Zutano es traidor.

Aquí todos nos ayudan. Y aquí todos sienten más que piensan, y se sacrifica á Cuba el bienestar.



Puebla es para mí la ciudad melancólica, que no llora pero que no ríe á carcajada limpia. Es también la ciudad impresionable por excelencia. Hay la sinceridad del villorrio,

con la suntuosa hospitalidad de la capital. Y á ser franco (y dejándome llevar de mi gratitud) para los cubanos ha dado pruebas de ser muy valiente el pueblo de Puebla.



Si alguien me preguntara de Puebla (como me preguntaron de Veracruz,) cuántas veces es heroica esta ciudad, no sabría responder. Pero creo que su heroismo debió siempre rayar en lo sublime. Y á mí me entusiasman los héroes, porque yo, aunque me esté mal el decirlo, me siento un poco héroe.

Imagínese el lector que las señoritas X y Z, muy distinguidas damas, me acaban de tocar *latamente* en un piano del tiempo de Hidalgo, *La Paloma* y los *Marineritos* de *La Gran Vía.*

—Juzgue Ud. por nosotras, me decía X, y verá que duchas estamos en cuestión de música.

Y el que estaba recibiendo una ducha era yo. Resistí cuatro horas como un héroe, y luego tarareando un pedacito de una ópera

vieja, supliqué que cambiaran de música, aunque no de momento histórico.

—Juzgue Ud. por mí, repite X, y verá lo de la ducha.

Pero como esta nueva ducha me causara impresión, dije olvidando la cortesía:

—Juzgo por Z. . . . . y reconozco que las poblanas son muy guapas.



Después de aquella reunión hidroterápica he reconocido otras muchas cosas más.

Y Puebla ha llorado tanto, que es raro ver por la calle un gato.

O un gachupín que da igual.



CANOVAS

HA muerto. ¿Cómo ha muerto? Como deben morir hoy los estadistas europeos; á manos de un anarquista, en una estación balnearia. El anarquista, de golpe y porrazo, lo despachó para el otro mundo, librando en un instante á toda una nación del personaje más peligroso habido y por haber.

Realizó la anarquía una de sus venganzas más apetecidas. Cánovas era un déspota, un aristócrata ridículo. Tenía, á no dudarlo, esta deuda que saldar con los enemigos de la sociedad. Nació burgués, y murió al mando de la monarquía.

Para el anarquismo, Cánovas no tenía derecho á la vida. Atravesó todas las clases sociales; fué cuanto quiso ser; postergó á

muchos que valían más que él; era rico. ¿Qué más títulos para merecer un balazo que le partiera en dos el corazón?.... ¿Pagaría de este modo todo el daño que hizo en su vida? ¡Quién lo sabe! En mi sentir Cánovas tenía deudas de las que no se pagan en este mundo, ni en el trance desconocido al otro. La muerte de Cánovas ha sido un crimen.... pero no es posible llorarlo. Condenarán los tribunales al asesino. Pero España ha perdido á un jefe de Estado, á quien lo representaba Weyler en Cuba. Con esto se ha dicho todo.

Muerto Cánovas, subirá Sagasta. Del mal el menos.

***

Dice la prensa española que Cánovas era un talento gigante, que sus méritos no los ha reunido tan felizmente ningún contemporáneo suyo.... La prensa ha faltado á la verdad impunemente. Si en España él era rey... no negamos que era tuerto.

No hay periodista que en estos momentos no saque á cantar su lira fúnebre con muchísima seriedad.

—"¡Pobre D. Antonio, *el mónstruo!*—decían.—¡Pobre *mónstruo!* ¡Qué *monstruosidad* se ha cometido en su persona! Mejor hubieran matado á Romero Robledo ó á Bosch y Fustigueras. ¿Pero á Cánovas? Europa lo llora." ¡Claro! Como que á este paso se va quedando el Viejo Mundo sin sus prohombres; y el muerto— que era vizco—les hacía burla desde su féretro, cuando lo llevaban quieras que nó á Madrid.

Imitando á los franceses, los españoles han averiguado mil intimidades de Cánovas para exponerlas á la vergüenza pública. El pudor lo han perdido en el momento preciso del elogio...... Le han puesto por sobrenombre Cánovas *el orador*, Cánovas *el poeta*, Cánovas *el estadista*, Cánovas *el gracioso*, Cánovas *el filántropo*. Y Sagasta, que es de la piel del diablo, riendo con su bocaza de ballena y batiendo palmas por el turrón que se le viene á mano. A esto se reduce, desgraciadamente, la vida política de España. Todos los grandes problemas se resuelven de sobremesa, con la idea del cocido de mañana, y el patriotismo..... ¡el patriotismo no parece!

—Mire Ud. lo que es este pícaro mundo—

reflexionaba anoche un español, que reflexiona muy pocas veces—Cánovas que mandó matar tantas veces á Máximo Gómez, y Máximo Gómez que se estará riendo de él, á la sombra de un cocotero en las cercanías de Cacarajícara.....

—Lo que no cabe duda—decía un gallego —es que la muerte de D. Antonio ha sido una conspiración de esos pícaros de insurrectos....

—¡Bah! No diga Ud. eso. También dijeron que era conspiración de los insurrectos el aerolito que cayó en Madrid el año pasado, y ya Ud. ve que no.....

***

El Universal (de México) es el que lo ha dicho mejor. Cánovas, según el colega, fué un gran poeta. Y no se contentó con decirlo, sino que intentó probarlo reproduciendo unos adefesios rimados del difunto.

¿Qué fué gran orador? Puede decirlo *El Universal* hasta que no pueda más. Nunca me llamaron la atención sus interminables discursos. Pero, no me sublevo ante la idea de que D. Antonio fuera orador. En cuanto

á poeta.... ni qué decir. Jamás escribió una quintilla ni regular siquiera. En la misma España de que Cánovas era tuerto, nadie pensó nunca en tenerle por poeta. Algunos biógrafos suyos que ni muerto le perdonan sus burias, le han concedido que *hizo* versos. Yo creo que no los hizo, pero, niego sí que fuera poeta.

La literatara de Cánovas pecó siempre de poco inspirada. Tenía costumbre de escribir, pero jamás escribió cosa de algún provecho. Cañete mismo fué un genio á su lado. Leer un artículo de Cánovas, equivalía á hacer penitencia. Eran largos, monótonos, sin originalidad alguna. Para prologar las obras completas de *El Solitario*, su pariente, no escribió más que dos tomos.....

Ha muerto Cánovas, y al que se mueren lo entierran. Dejémosle en paz dentro del planeta....

(1897)



JUERGA AUTONOMISTA



EL bienaventurado José María Gálvez—á quien pertenece el reino de los cielos, no por lo que tiene de autonomista, sino por lo que tiene de pobre de espíritu—se dijo, al ver realizado sus ensueños políticos:

—¡Viva YO! Vivan los que como YO triunfan en medio de la carnicería española, y á despecho de los que procuran dignificarnos al mando de Máximo Gómez. ¡Viva mi perseverancia!

Sin embargo, el corazón le daba vuelcos, pensando en esos foragidos insurrectos.... La noche del suceso, fué para él una noche de insomnio. No era posible dormir con eso de la autonomía dentro del cerebro.

—Somos muy buenos cubanos—le decía á

la mañana siguiente Montoro.—No tema Ud. por el cambio de gobierno, no tema Ud. Mientras seamos Ministros, mientras los destinos de la Patria dependan de un plumazo criollo (al parecer), y mientras Moret y Sagasta nos ayuden.... que corten por donde quieran Máximo Gómez y Calixto García.

El Jefe del Gabinete continuaba preocupadísimo. «Hemos triunfado, sí, es muy cierto, pensaba, pero ¡ay! yo tengo mucho miedo y.... mucho corazón.»

Llegó el día de la gran juerga. El partido autonomista, disgregado, con sus miembros temblorosos, y haciendo de tripas patriotismo, juró ante el pueblo dirigir bien los asuntos de la cosa pública.

Pero.... ¡bien se lo decía el corazón á Gálvez! Es muy duro y muy difícil ponerse al mando de la Colonia, dentro de la bolsa del General Blanco.

—¡Don Ramón! ¿qué le parece á Ud. tengo cara de Presidente?

—Sí, D. José María, tiene Ud. una cara muy rozagante....

Y el Presidente se sentía satisfecho y holgábase con el nuevo papá, de conservar buena cara....

—Porque.... vea Ud. lo que es no haber sido nunca Jefe de un Gabinete, D. Ramón. Muchos días pasé sin saber en dónde ocultar la cara. ¡Me ruborizaba tanto sintiéndome prohombre! Al extremo, mi querido D. Ramón, que llegué á esconder la cara, de tal modo, que no supe, cuando la Jura, en dónde la tenía. Pepito Bruzón, que es un bromista admirable, me daba palmadas en el hombro y me decía: «Tocayo, así, des....carado, no puede Ud. presentarse ante el país.» Y.... ¡ay, mi querido General! la cara la vine á encontrar después de haber jurado, y algunas veces me pregunto si es la mía!.... Bruzón me lo dijo hace días con muchísima sal:—«¡Tocayo! ¡Qué plancha ha hecho Ud! ¡El país está azorado del descaro con que juró Ud. su Jefatura!»

A un cambio tan enorme, sin contar con la huéspeda, que es la opinión de los insurrectos, no podía responder la nación con un aplauso. En los momentos en que la Metrópoli concedía libertades á la posesión ultramarina, los periódicos de uno y otro partido se deshacían en ataques á los Ministros incipientes.

En España, el gran Sagasta no pudo menos

que hacer esta confesión secreta, dicha al oído de D. Segismundo Moret:

—Hemos dado el gran golpe. Así los merece la tierra de los garbanzos.... La autonomía es una cosa admirable. Antes la pedían todos y ahora no la quiere nadie. Me parece que debe Ud. ampliarla un poco más. Haga Ministros á todos los cubanos, no se ande Ud. por las ramas. ¿No comprende mi ilustre colega, que mientras tanto vamos á tener muchos protestantes? Hasta aquí la sola virtud de la autonomía ha sido disgustar á peninsulares é insulares....

Y al cabo de un prolongado silencio, D. Práxedes añadió:

—¡Hemos dado el gran golpe! Así los merece la tierra de los garbanzos.



El triunfo de la autonomía me recuerda á una caricatura que le sacó el *Kikerike*, de Viena, al genial maestro Ricardo Wagner. Aparece éste en un teatro de Bayreuth, durante la representación de una obra suya, y dirigiéndose al *Kikerike* exclama:

—Ya ve Ud., amigo mío, que aquí hay quien aplaude.

El *Kikerike* responde:

—Se equivoca Ud., maestro, lo que hacen es llevarse las manos á la cabeza....

Ni más ni menos que el fracaso de Moret y Sagasta, creyendo ver en la autonomía la salvación del país, y exclamando:

—Oiga Ud., Sr. Pi y Margall, el país quiere conservar á Cuba. La solución es la autonomía ¿no ve Ud. cómo aplaude la prensa?

—Se equivoca Ud., Sr. Sagasta, responde el ilustre catalán, la prensa dice que son ustedes unos bárbaros....

***

La autonomía ha sido calificada de *juerga* política. Al fin parece que Gálvez y los demás Ministros lo han comprendido..... Al menos, el cable nos comunica que piensan dimitir de sus elevados cargos. ¡Qué atrocidad! El General Blanco va á recibir una decepción tremenda:

—¿Me dejáis sólo, me abandonáis? les preguntará á los señores Ministros de la Colonia.

—Sí, General, ¿acaso nos confunde Ud. con los Ministros del *Rey que Rabió?*

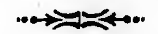
Entre tanto Sagasta y Moret, tiemblan en presencia de los contratiempos de la autonomía, mientras Máximo Gómez, seguro de la victoria, exclama desde la manigua:

—Si quieren ustedes, que siga la juerga....

(Enero, 1898).



ASFODELOS



BERNARDO Couto Castillo es un joven de melancólica presencia, pausado en el andar, metódico en el decir. He hablado con él sólo una vez, y apenas puedo recordar siquiera lo que me dijo de sus colegas, pero sí recuerdo que hablamos de ellos. No advertí en su modo los rencores que suelen envenenar el alma de las medianías, pero sí noté su aire indiferente, ese aire un tanto despreciativo que distingue á los genios que llevan en la conciencia la credencial de lo que valen. Por este y por otros detalles que sería prolijo enumerar, el joven Couto no me hizo el efecto de una persona interesante, pero tampoco me fué antipático. Pensé, además, que esos airecillos vanidosos lo aban-

donarían haciéndose cargo de ellos el tiempo que es el gran maestro. Y luego no me ocupé más del Sr. Couto.

Pero la publicación de un libro, producto de la fantasía de este literato nuevo, me ha hecho faltar á mi firme propósito de vivir, por algún tiempo, alejado de las letras que tantas desazones llevan al corazón. Y más que nada me ha movido á ello, el silencio con que recibe la prensa, libros que no debían pasarle inadvertidos, porque tienen una significación importante en el desarrollo intelectual de este país, en el que se agitan inteligencias sanas, benéficas, así como cerebros desequilibrados, hundidos en el aturdimiento más completo, y perjudiciales en alto grado al gusto de los que saborean las delicias del arte.

Extravagancias como el libro del Sr. Couto, no pueden dejar de fustigarse, cuando se lleva algún tiempo en el campo de la crítica. Y tanto más cuanto que dicho libro no sólo es fustigable por lo que en sí revela y por lo que significa, sino por resaltar en sus páginas de un modo brusco, la falta de conocimiento de nuestro idioma, y la petulancia infantil de un escritor que se imagina haber

comenzado por donde sólo concluyen los escogidos.

El Sr. Couto ha sido víctima de un error lamentable al dar á luz en México sus *Asfodelos*. Debió reservarlos para cuando regrese á París, haciéndolos aparecer en el idioma de Víctor Hugo. De este modo, los que analizan hasta las minuciosidades de la sintaxis, dejarían quieto al Sr. Couto. Y lo digo, porque suponiendo que este joven debe saber algún idioma, no hay más que leer un pedazo de *Asfodelos* para asegurar que el idioma que sabe es el francés.

Asfodelos, como título de una colección de cuentos, no significa nada, por muy trascendentales que sean las ideas del Sr. Couto. Veo claro que al escoger este título, el autor sólo ha procurado ver en un aprieto á sus lectores, que si no andan fuertes en Botánica, desconocen por completo el significado de la palabrita.

Asfódelo es el nombre de una planta medicinal, perteneciente á la familia de las Liliáceas. El Sr. Couto, en su afán de rebuscar la forma y desatender el fondo, no paró mientes en la palabra *Asfodelos;* le gustó porque á su estética perturbada le supo harmoniosa,

de una harmonía wagneriana, como la de todos los cuentos del Sr. Cuoto. Y á prueba de sincero, he de confesar que teniendo en cuenta la desorganización que se nota en todo el libro, el autor no ha sido inconsecuente á su método titulándolo *Asfodelos.*

Estos jóvenes que nunca leen en su idioma, que buscan siempre los poetas más locos del Parnaso francés para dejarse arrastrar de sus cadencias, no pueden darnos nada bueno. Llegan á olvidar las imposiciones de la lógica, admirando "los tejidos de tules cubiertos de oro" de Stuart Merril y aquella rara concepción de du Plessys que comenzaba diciendo: "Así como Belerofonte masca muertos babosos . . . ."

Couto quiere ser entre nosotros un arte nuevo, que importa, sin comprenderlo, desde su adorado París. Couto por lo tanto no puede prosperar agitándose en un medio ilusorio. Necesitaría, para no caer en un ridículo, contar con la reputación que sólo producen la constante labor de años tras años, y aun así, habría de fracasar con su divino maestro Amado Nervo.

Pero, válgale al joven Couto que mi apatía incorregible, me priva de profundizar esta

crítica; si nó, ya vería él como aparecían sus imitaciones inconscientes. Sucede al autor de *Asfodelos*, lo que á muchos principiantes que comienzan su carrera leyendo libros que no entienden: de ahí, que todo lo que parece haber sentido el Sr. Couto, en su corta carrera literaria, no lo ha sentido, sino que lo ha leído. ¡Buena diferencia!

No hay en él una personalidad grande ó chica, como sucede en su compañero Ciro Ceballos de quien sí deben esperar mucho las letras mexicanas. Y esto, dicho sea de paso, no significa que el Sr. Couto sea una causa perdida para el arte bueno, porque aún está en tiempo de corregir sus extravagancias y aparecer recogiendo una cosecha riquísima.

Para ello le hace falta, ante todo, estudiar su idioma que no es lo despreciable que él se figura, y leer algo de los clásicos y modernos castellanos, que, todo no ha de reducirse á los caprichos de sus ídolos, Amado Nervo entre ellos.

La crítica concienzuda de *Asfodelos*, requiere largas horas de análisis, más si se trata de descubrir en sus páginas la idea generadora ó los errores gramaticales que son muchos.

Repito, que no procuro desalentarle y que lejos de cometer tal atentado contra sus aspiraciones, quiero ganarme la gloria llevándole por buen camino. Tal vez algún día le suceda á él lo que á la espiritual Madame Duras de quien decían los que, viéndola muy joven, ni pudieron sospechar su gran talento, ni menos aún sospechar á la autora de *Ourika:*

—"Clara es muy buena, pero es lástima que tenga tan poco talento."

No quiero que en lo futuro, cuando Couto sea una gloria mexicana, se recuerde que le dí consejos para que abandonara el campo, creyéndole una nulidad literaria. Trabaje el joven Couto, y hágalo con empeño, estudie su idioma con interés, sin creer que la Academia es infalible, vuelva la vista á los gramáticos de Colombia que son admirables, y escriba sin preocupaciones francesas, no sea que le excomulguemos por *afrancesado.*

Creerá el Sr. Caballero—redactor de *El Nacional*—que no llevo aquí la razón, porque ese buen señor, sin que nadie se lo preguntara, declaró que hablar mal de Francia en un periódico mexicano, equivalía á escupir á su madre, teniendo dicho señor una

mala idea de los escritores de este pueblo viril y sano, que arrojó la dominación española y rechazó la intervención francesa.

Dirán los amigos del Sr. Caballero que tal palo no viene á cuento, y que menos aún viene el recordar la intervención . . . . pero es Sr. Couto, que mucho menos oportuno creo el haberse declarado hijo de francesa por el simple hecho de pelearse con *El Mundo* á costa mía.

El Sr. Caballero, creyó en aquella ocasión, ganarse el aplauso de los muchos que andan tras de un libro de Verlaine ó de Goncourt, llenando de plata las cajas de la viuda de Bouret, pero ¡ay! el periodista sufrió un fracaso enorme, y aquel desplante se llamó bien pronto *la pifia del Sr. Caballero.*

Volvamos al libro del Sr. Couto, y fijemos la atención en las pifias de este joven que son más disculpables, por tal circunstancia, que las del caballero ídem que peina canas.

Carece el Sr. Couto, de observación propia. Este defecto suyo, se deja sentir en todos los cuentos del libro, contribuyendo así á lo que tanto me desagrada de su poca originalidad: la imitación.

El ha visto poco, muy poco. Pero no se

ha conformado con eso, y toma del autor favorito cosas que le cuadran mal al principiante. En Ceballos y en el genial *Micrós*, el tipo desfila esencialmente mexicano, más tal vez en el autor de *Cartones* que en el futuro autor de *La Carne.* Couto nos quiere dar una broma presentándonos sus conocidos de París. Y esos conocidos suyos, ni siquiera son sus amigos del Boulevard.

He aquí una observación curiosísima que ostenta *Asfodelos* al pie del título en letras rojas:

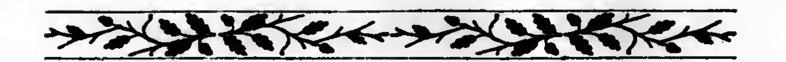
"..... ¡Oh! La muerte! (*como si hubiera dicho ¡oh! La Pelona!*) la muerte soberana, inmensamente poderosa (*soberana, vamos, ya lo había dicho Ud.*) una y múltiple (*¡¡muy buena y muy nueva observación!!*) presente (*¡¡Presente mi General!! ¡Eso está en literatura militar!*) haciendo sentir su imperio á todas horas en todos los lugares (*en todos no, Sr. Couto, porque Ud. debe estar en algún lugar y aun no ha sentido su imperio*)—la muerte, sombra de Dios extendiéndose como inmensa bandera (*pero oiga Ud., joven, va sin faltar al respeto del Supremo Hacedor, porque eso de llamarle bandera y muerte y tanta cosa, es algo expuesto á que le haga sentir su imperio,*

dándole un sopapo con la bandera, ó poniéndole un par de banderillas) dominando sobre el mundo (*dominando* SOBRE, *muy bien, dominando á horcajadas* SOBRE *el mundo, pudo decir mejor*) sobre los seres y las cosas, rodeando todo, acechando todo, y cerrándolo en un círculo cada vez más estrecho. (*Ud. sí que merece que lo encierren en un manicomio.*) La muerte ¡la sola que verdaderamente existe!"

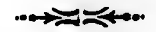
Al terminar este trozo filosófico .... me siento con ganas de morir. Debe ser la muerte cosa rica, cuando tan temible le parece al joven Couto .... Puede ser que con tales insultos, la muerte no quiera tocarle nunca al Shopenhauer mexicano .... ¡Y se sale Couto con la suya! ....

¡¡¡La inmortalidad!!!

(1897)



EVOLUCIONES



QUE vamos por el buen camino, cuesta arriba, hacia el peñón de la Independencia, salvado por los briosos corceles insurrectos el obstáculo autonomista ..... no cabe dudarlo. Ya era tiempo de que la Libertad, con su luminosa antorcha, se abriera paso entre la falange de tiranos, soberbios aunque vencidos.

La lucha parece próxima á concluir. No son los descendientes de Pelayo los que cantarán á la postre el Himno de victoria. Acabaremos sí, por leer en la prensa y en el libro español, que fueron héroes, mártires, veremos algún día en letras de molde un elogio á los *doscientos mil invencibles* . . . ¡Pero Cuba será libre! El león español continuará

rugiendo de orgullo, pero mermado su poderío, se ha de concretar á la estrecha jaula á que le dejará reducido el mundo entero, que contra él clama.

Veremos formarse una República en el centro de la joven América y sin la ayuda de sus hermanas. En el primer día de esa vida complicada, que es la vida de una nación, veremos sonreir vencedora á la desheredada de la fortuna, que contra todas las infamias del dominador poderoso, sin elementos, con la indiferencia en derredor, se agita y protesta y combate y triunfa. . . .

Vendrá la solución del difícil problema, por elementos exteriores á la Revolución. Pero todo es obra del pueblo que se pronunció en Baire y siguió la lucha pavorosa, ensanchándose impasible cada momento más, aprovechando las torpezas del enemigo, arriesgando en determinados momentos el porvenir de sus ideales.

De la Revolución débil, surgió la Revolución potente y vigorosa. La primera llenó de espanto á la metrópoli, que recordaba aún la guerra de los diez años, y le parecía ver húmeda la tinta con que firmaron el Pacto del Zanjón. Pero la segunda llevó á la

metrópoli del espanto al abatimiento. Se fué Martínez Campos, y le substituyó Weyler; á la benignidad, sucedió el amor al crimen, y la faz del problema cambió por completo, llevando á España de tropiezo en tropiezo, y á Cuba de triunfo en triunfo. La victoria se puso del lado de los débiles. Eran pocos, mal armados y peor vestidos. Tenían hambre, pasábanse la vida escurriendo el cuerpo al combate...... ¡Tal vez era cierto! Pero no puede negarse que esa miseria era entonces el colmo de la astucia, porque la metrópoli cada vez perdía más terreno en su persecución, y ese terreno que perdía, lo ganaban hambrientos y sin municiones, cuatro gatos que huían escurriendo el cuerpo al combate.

Ahora se presenta el conflicto con los Estados Unidos, como un contratiempo para España que favorece las pretensiones de la Revolución. Pero ese contratiempo no ha sido obra de la casualidad, ni lo ha querido provocar España, ni comenzó antes del 24 de Febrero de 1895. Serán muy débiles los insurrectos para ponérseles de frente á una potencia europea. Conforme. Pero entonces vuelvo á dar por cosa hecha que los ham-

brientos de la manigua son astutos como nadie. Porque todo viene por culpa de ellos. España se arruina. España pierde la colonia y se ve en las vísperas de una pelea que parece un *pugilato* entre el gato y el ratón, haciendo este último papel la tierra de los invictos . . . Obra es de la Revolución de Baire, porque sin aquellos héroes que plantaron su bandera para no quitarla jamás, los señores españoles vivirían muy despenados, sin andar á la greña con los yankees, y sin insurrectos en Cuba y sin insurrectos en Filipinas.

En honor de la verdad, España ha hecho cuanto ha podido por salvar el último girón de América, que le quedaba entre las uñas. Lo que no pudo hacer con la benignidad de Martínez Campos, ni con el bandidaje de Weyler, ha querido hacerlo con la hipocresía de Blanco. Y el pobre D. Ramón que nunca las había visto más gordas, ejerce en Cuba de Pacificador, y mientras los autonomistas salen de hambre vieja, y le ponen por las nubes, y le dan su parte correspondiente en el botín conquistado por la *evolución*, los señores insurrectos aumentan sus filas cada día con nuevo y mejor contingente, y llevan al

ánimo del mundo civilizado, el convencimiento de que para Cuba no hay más solución que su Independencia.

Siga adelante la Revolución, que está en sus postrimerías. La filfa que titularon autonomía, no ha podido engañar á nadie, porque ya todos saben lo que significa en España todo paso á la Libertad: una nueva cadena, una farsa más. Los caballeros de la autonomía, más ó menos de industria, que después de luchar en la tribuna y en el periodismo por sus ideales, que fueron cubanos antes de la Revolución y después de ella son españoles, sin fé en sus propios esfuerzos, sin energías, faltos de gente adicta y honrada, que ocupan á título de patriotas lugares de preferencia en la gran farsa que lanza España á la civilización como un insulto á este anciano siglo de las luces; esos caballeros, repito, ya quieren tener sus componendas secretas con los revolucionarios.

—Señores: esto es la *evolución* (dirá Govín). No teníamos autonomía y clamábamos por ella. La hemos conseguido, pues lo decente es tratar ahora con los insurrectos. Ir de Ministerio en Ministerio, de la Colonia á la República, de la Esclavitud á la Libertad.

Eso es *evolucionar*. Ellos pelean y nosotros vencemos á la postre.

—¡Ay, Sr. Govín! (responde el gobierno de la Revolución) siga Ud. evolucionando, y ya tendrá Ud. el premio. Porque si los libertadores no lo fusilan, se encargarán de hacerlo los que desean nuestra esclavitud.



Refiérese de Azcárate, que en cierta ocasión, dirigiéndose á sus electores les dijo:

—«No quiero llevar mi acta manchada con el vino de las comilonas y con la influencia oficial.»

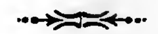
El partido autonomista parece haber dicho al pueblo de Cuba:

—Quiero llevar mis credenciales, manchadas con sangre de cubanos y con la influencia de mi servilismo.

(Marzo, 1898).



NO ERA ÉL.....



ALICIA llegó, aquella tarde, profundamente agitada. Su voz, al dar unas cuantas órdenes al mozo, era descompuesta. Parecía haber visto algo horrible que llenaba de espanto su corazón. Entró en la alcoba precipitadamente, dejó sobre una silla el lujoso sombrero blanco, y sin detenerse dando vueltas de un lado á otro, se desabrochó la chaqueta, y fué acumulando ropa sobre la vasta cama. Cuando llegó al corsé, se detuvo delante de un grandísimo espejo, que duplicaba su hermosa figura, y rompiendo nerviosamente los cordones que aprisionaban su cintura, dejó caer la máquina odiosa que comprimía sus carnes.

Respiró entonces con algún desahogo y

batiendo con cuidado su blanca camisa, aquel cuerpo encantador sintió la adorable expansión de la libertad. Colocó luego, con prolijo interés, algunos objetos que permanecían en desorden sobre el mármol del tocador, y con visible satisfacción, se dejó caer perezosamente en una *chaise longue* de primorosos colores.

Sin embargo, Alicia no estaba tranquila. Difícil era adivinar la causa, á través de su rostro un tanto desfigurado.... pero no cabía duda que alguna emoción violenta asaltaba el corazón de la dulce y delicada joven. Cerró los ojos, como para reconcentrar más su pensamiento, y bien pronto, dibujóse en sus labios una sonrisa tranquilizadora.



La historia de Alicia no podía ser más vulgar. Hija de padres muy pobres, entretuvo los albores de su juventud fingiendo amor á cuantos le daban palabra de matrimonio sin soñar en él. Con su alegre y retozona carita, conquistó docenas de polluelos que andan á caza de mujeres fáciles, y sin ofender su virtud de casta doncella, repartió entre ellos

besos, miradas de fuego y palabras cariñosas.

Llegó para Alicia un día terrible: el día en que su padre espiró. Y enjugándose aún las lágrimas que tan justa pena arrancara de sus ojos, ofreció unir su vida á la de un hombre muy formal, algo mayor que ella, de mediana riqueza, y que la adoraba con loco entusiasmo. La niña juguetona y coqueta, no tardó en ser una señora digna de respeto y admiración. Gozó mucho comprando trajes de seda, sombreros de exquisitas plumas y todo cuanto forma la vanidad de una mujer á los veinte años.

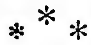


Los primeros meses fueron días . . . . pero los segundos fueron años para la desposada. Empezó á presentársele la vida con caracteres de insoportable monotonía . . . . y casi deploraba la necedad de consagrar toda su existencia á un solo hombre.

Con el primer año de matrimonio, concluyó la vida de su buena madre. Y el nuevo dolor necesitó alguna distracción. Envuelta elegantemente en su traje negro de riguroso luto, Alicia, enseñaba sus encantos

por las calles, buscando aire libre, luces de bengala para animar su corazón hastiado y entristecido por la orfandad.

Su nueva vida causó honda sorpresa en el bondadoso consorte que la amaba con delirio. Proporcionóle algunos disgustos que terminaban con un sonoro beso, entre convulsiones de placer . . . y al fin de algunos días de alternativa seriedad, lo que en un principio fué pecado se convirtió en razonable costumbre.



. . . . . dieron las seis en el reloj del tocador, y una obscuridad soñolienta se colaba con lentitud por la ventana del jardín. Alicia parecía dormida.



Al abrirse la puerta de la sala penetró con aire de fatiga un hombre de robusto cuerpo, simpático, bien vestido, y caminando hacia la mujer de senos vibrantes que dormitaba frescamente sin más ropa que la limpia ca-

misa, llegó hasta ella para hacerle la más tierna caricia.

Una hora más tarde, vestida con una bata crema que le daba aire de reina, Alicia escribía estas líneas, muy de prisa en el bufete de su esposo:

"Alberto mío: puedes estar tranquilo. *No era él.*"

(1895)



TACTICA ESPAÑOLA

HUELE á pólvora: negar esta verdad, ó este perfume, es carecer de olfato. Para unos la guerra entre España y los Estados Unidos es inevitable: para otros, imposible. De las mil conjeturas que la prensa lanza á la publicidad ¿quién se atreve á señalar la que profetice los acontecimientos? Afilan presurosos sus espadas los probables luchadores; el olor á pólvora lo invade todo: esta es la fija.

No será remoto que la pelea resulte una broma, porque tenemos bien sabido que atravesamos el lustro de la guasa . . . Por eso es bueno empezar á reirse desde ahora y no olvidar que los insurrectos necesitan mucha dinamita.

Singularísimo es el actual estado de cosas.

Mc. Kinley mira á Sagasta con ojos de rabia. Sagasta se enternece ante la cariñosa mirada de Mc. Kinley.

Mc. Kinley compra nuevos acorazados y dispone su escuadra en situación hostil. Mc. Kinley tiene toda la facha de un boa que espera el momento de hacer su presa.

Sagasta, en cambio, siente verdaderas simpatías por el Presidente de los Estados Unidos, y tiene la seguridad plena de que no existe tirantez en sus relaciones con él.

Para España, para la España del gobierno liberal, ningún insulto es grande en labio *yankee*. Su táctica es la mansedumbre.

Por supuesto que no hay que echarle la culpa á Sagasta, porque su táctica no es otra que la observada por Cánovas con Alemania en 1885 con motivo del incidente de las Carolinas.

España, por eso, es la Nación Job, aunque pese á Don Juan Valera, y por ser la Nación Job nadie pierde ripio para decirle las verdades.

Los periódicos norteamericanos se extremecen de odio y de rencor hacia el tirano de Cuba. El pueblo *yankee*, impaciente, espera el momento de vengar á las víctimas del

Maine. Los jefes del gobierno se preparan ostensiblemente.... Y Sagasta no se inmuta. ¿Que insultan á España? No hay peor sordo que el que no quiere oir....

—Señor Sagasta, grita el pueblo, adelantémonos; vamos á declarar la guerra á esos cochinos....

—Silencio, exclama Sagasta, y recordando aquella broma que le dió Miguel Moya en su colección de *Oradores políticos*, añade: el gobierno tiene su programa. No me precipiten Udes. al abismo. ¿Quieren Udes. saber cuál es este programa? Pues pongan atención: "No por mucho madrugar amanece más temprano."



La táctica española no tiene nada de brillante, como se figura D. Segismundo Moret.

—Nuestra soberanía en Cuba es indiscutible, dice Castelar; nosotros no respondemos ni obedecemos á insinuaciones de nadie.

Sin embargo, la táctica de Sagasta es contentar á los norteamericanos más que á los insurrectos, obedeciendo no á insinuaciones de nadie, sino á la metralla de una escuadra

UNIVERSITY OF
ILLINOIS LIBRARY

formidable, que amenaza la soberanía de España en Cuba.

Se teme el protectorado de los Estados Unidos sobre los libertadores. . . .

Como decían en 1883 que Bismarck repartía oro y armas entre los indígenas filipinos, hoy cree España que Sherman envía á los insurrectos cubanos las expediciones que costean los emigrados y simpatizadores de la Independencia de Cuba.

Las chocheces de Máximo Gómez y la infidelidad de Calixto García son obra de los *yankees*. . . . Y España viene disimulando su debilidad para imputar cargos que son falsos. . . .

La bandera amarilla está á media asta en el Castillo del Príncipe . . . . se levanta, muy lejana, en el horizonte, la estrella solitaria con los albores de una salida del Sol. . . . Y España recuerda con pavor los cañones de Gibraltar como una enseñanza para el porvenir. . . .



D. Quijote ha perdido ya sus papeles de caballero andante. Los incendiarios de Cuba

se divierten manteándole sin compasión. Los Estados Unidos se preparan á darle un estacazo terrible al *Caballero de la triste figura*. D. Quijote que gobierna en España y gobierna en Cuba, siente agotadas sus fuerzas, decaído su valor. Busca insurrectos, y cuando los ve huye despavorido. Quiere saciar sus instintos de guerrero.... y se bate con molinos de viento. D. Quijote suspira dolorosamente. Se hunden sus esperanzas, en un mar de sangre: se siente horrorizado.... Su miseria inspira lástima á los que juzga enemigos implacables.

***

Imposible es adivinar qué disparate y qué nuevo absurdo intentará España para sofocar (?) la rebelión. Pero si D. Quijote resuelve abandonar la Isla, y este D. Quijote es el nunca bien ponderado Blanco, de seguro que obtendrá victorias notabilísimas en España al entrar, derrotado, con sus doscientos mil hombres: una falange de cocineros, acostumbrados á guisar cuerpos cubanos y á servirlos en bandeja autonomista.

Una vez Blanco, más blanco que de cos-

tumbre, en la villa del oso, los amigos, antes que el gobierno, le harán preguntas indiscretas:

—General, qué tal ¿por fin ganamos en Cuba?

—Sí. . . pero no quiero hablar. El capitán Sigsbee me dió lecciones de educación y reserva. Pertenezco al gobierno. Después hablaré.

Se presenta Borrero con su cara de borrego:

—General, ¿qué habéis hecho?

—¡Vaya! Pues. . . . hablaré . . . ¿Conocéis al Dr. Enríquez, diputado de Sagasta y médico de Romero Robledo?

—¡¡Sí!!

—Pues bien, el Dr. Enríquez me dió este consejo, antes de partir para Cuba: "General, derrote Ud. á los mambises, extrangúlelos si no se rinden, y luego, con voz airada, dígales Ud.: Os desprecio: ¡tomad vuestra Independencia!" Señores: he seguido el consejo del médico-diputado, los he vencido y los he despreciado. Máximo Gómez llegó á mí, en traje de fraile agustino, pidiéndome auxilio: le ví, le puso el pié sobre la cabeza, mis soldados tocaron el Himno de Bayamo y grité "¡Viva Cuba libre!"

Confundidos los amigos y los curiosos con el discurso del General Blanco, meditan en silencio. Borrero, de pronto, ve desfilar un grupo de esqueletos, de hombres que la podredumbre del alma les ha corrompido también el cuerpo, y pregunta:

—¿Quiénes son estos infelices que el General Blanco nos ha traído de Cuba?

El General salta y los mete dentro de un canasto imenso que también usa para esconder la ropa sucia, y exclama:

—¡Pobrecillos! Están muy descompuestos. Los he traído por lástima; son los autonomistas, el gabinete de la Colonia.

Entre tanto olía á cosa podrida, y como los que visitaban al General Blanco no pudieran resistir los miasmas autonomistas, se despiden del héroe, y le dicen:

—Adiós, Don Ramón, esos autonomistas apestan mucho . . . .

. . . .

. . . .

. . . .

***

Lector, yo lo creo así. El fin de D. Quijote en América será algo parecido al que me permito augurarle. . . . Bien pronto veremos á Sagasta, sonriendo como de costumbre, decir al mundo:

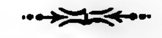
—La tragedia ha terminado.

(Marzo, 1898)



AUTONOMIA APLAZADA

Y AUTONOMIA INMEDIATA



SEGUN *El Correo Español*, llamarle á D. Emilio Castelar bárbaro, es un honor para la familia. Sin embargo, *El Mundo* se ha reído de tan absurdo chiste, y sin cesar navega en el piélago inmenso de sus afirmaciones. Lo que sí debe haber sido un honor para la familia de Abarzuza, el político—no menos malo que el poeta—es que D. Emilio le llamara sábio en las páginas de la *España Moderna*, honor que se extiende á la víctima, ó sea á Cuba su nativa tierra, cosa que tiene olvidada el ex-ministro liberal.

Es el caso que, según el tribuno republicano, viéndose en grandes aprietos la metrópoli, y siendo Máximo Gómez el que apre-

taba, D. Praxedes Mateo Sagasta nombró una comisión para tratar de autonomías. Fueron los agraciados Germán Gamazo, Segismundo Moret y el sábio Abarzuza. Este, fungiendo de árbitro, procuraba llegar á un arreglo entre la autonomía aplazada (Gamazo) y la autonomía inmediata (Moret). Por último, Abarzuza se declaró partidario de Gamazo, y las fórmulas fueron las siguientes:

MORET Á MÁXIMO GOMEZ:

"Toma la autonomía y daca la paz."

GAMAZO Á MÁXIMO GOMEZ:

"Daca la paz y toma la autonomía."

Andando el tiempo, el sábio se fué á Biarritz, Gamazo se quedó en Madrid y Moret sentó sus reales en Zaragoza. La comisión había cumplido sus deberes de pura forma, y el honor nacional entregado á un sábio y dos oradores, se hacía pedazos en las manos de Quintín Banderas.

Aprovecha, con tal motivo, el gran Moret la primera coyuntura (ó sea la primera paliza) y formuló en Zaragoza un proyecto

de autonomía inmediata "el cual (habla Castelar) no solamente desconcertó las conciliaciones que habían Gamazo y Abarzuza concertado, borró por completo el manifiesto Sagasta, donde aparecieron las autonomías diferidas y limitadas."

Lo que en mi entender significa que Moret comprendía bien los apuros de la pobre España—como la llama Dupuy de Lôme—y dijo:

—Aquí las conciliaciones entre nosotros, constituyen un absurdo. Mientras nos conciliamos Gamazo, Abarzuza y yo, y mientras sostenemos el manifiesto de Sagasta, D. Máximo que tiene prisa, nos responde á machetazo limpio. Resulta, pues, que con quien se necesitan proyectos de conciliación es con los insurrectos, y para pretender tal conciliación es preciso ponernos de rodillas ante el Gobierno de la República naciente y llevar un papel en la mano que diga:

AQUI TENEIS LA AUTONOMIA
¿OS GUSTA?
¡¡DEPONED LAS ARMAS!!

Lo que ni más ni menos equivale á decirle á los cubanos:

—¿Queréis rendiros después de ser vencedores?

Y recuerda muy bien el letrero de un cementerio, que sacaba á relucir un escritor español:

—*¡ Vivos elegid lugar!*

A Montoro y Gálvez les pareció admirable el proyecto, y ¿qué hicieron? ¡pues *eso! ¡eligieron lugar!* y como políticos y como cubanos se han metido todos los autonomistas en una sola tumba.

Después de todo, dice bien Castelar; las autonomías diferidas y limitadas superan á las autonomías inmediatas.... Con las primeras, el fracaso es diferido y limitado, con las segundas el fracaso es inmediato y completo.

De todo esto, los triunfos han sido personales y monstruosos. Abarzuza ha obtenido la credencial de sabio y por ende también la obtuvo Gamazo. Moret ha sido considerado hombre de pulmones, y orador de altos vuelos. Y á Zaragoza, á pesar de haber sido cómplice del decreto fracasado, le ha valido el título de insigne, porque para D. Emilio Castelar los sabios, los prudentes, los oradores y las ciudades insignes forman en el

Viejo Mundo una masa compacta que se llama España.



El caso, sin embargo, es mucho más curioso de lo que se figuran mis lectores. Los autonomistas que han salvado la situación ó querido salvar, mejor dicho, son víctimas de los mayores oprobios, dichos por las eminencias ibéricas.

Un periódico decía que era ignominioso el establecimiento de la autonomía, y mucho más ignominioso el permitir ciertos nombramientos como el de Marcos García y Fabio Freyre para gobernadores de dos provincias cubanas. La acusación está basada del modo siguiente: "A Marcos García se le nombra Gobernador de Sancti-Espíritus porque *peleó* (?) diez años contra la Madre España."

"A Fabio Freyre se le nombra Gobernador de Pinar del Río, porque con sobra de ganas no ha tenido valor para pelear diez años contra la Madre España."

Y estos nombramientos, según "consecuencia científica inevitable" (diría Abarzuza) dejan sentado que España concede liberta-

des cuando se le piden á tiro de fusil, y cuando hay quien faltándole valor desea emplear el mismo medio.

Y la razón está de parte de los quejosos. Porque en el fondo de esas autonomías diferidas inmediatas, se ve clara esta palabra: IMPOTENCIA.

Así, pues, Abarzuza, en Biarritz, y luego en París, no ha podido menos que llegar á esta conciliación entre Máximo Gómez y la Nación Española:

MÁXIMO GOMEZ Á ALFONSITO:

"Daca la Independencia y toma unos cuantos pesos."

ALFONSITO Á MÁXIMO GOMEZ:

"Daca unos cuantos pesos y toma la Independencia."

¡Ay, D. Emilio! Es usted muy sabio, tanto ó más que Abarzuza. . . . pero el resultado de esas autonomías disparatadas de que usted habla, es este: *Independencia inmediata*. Que ya es tiempo que el Sr. Moret se vaya á la insigne Zaragoza á formular el proyecto.

De algo deben servirle sus pulmones y su pluma.

(Febrero, 1898)



ALMAS Y CEREBROS

Es un hecho que Enrique Gómez Carrillo sobresale por su talento y buen gusto. No niego que su literatura ha sido alguna vez inspirada en la de Jules Lemaitre y Anatole France, que como propias ha querido hacernos tragar ideas que no le pertenecen, y que ha bebido más de lo necesario en fuentes cosmopolitas. Sin embargo, Gómez Carrillo, purgando sus pecados, sin aspirar á la gratuita indulgencia de sus lectores, ha concluido por hacer mil veces más que los muchos que se pasan la vida apropiándose el fruto del cercado ajeno.

Pudo en él más el talento, que la admiración; ha preferido, al fin, observar por cuenta propia. El éxito de sus estudios, está há-

bilmente basado en la ignorancia del público para quien escribe. Comenzó por Hokusaï, Outamaro y Yosaï, artistas japoneses (muy honorables personas) de las que él sabía muy poca cosa, y ahora, volviendo sobre sus pasos, olvidando su afán de erudito asombroso, estudia lo que vé, lo que oye, lo que siente. No ha abandonado su carácter de instructor de literaturas extranjeras, pero se concreta al campo europeo, y ha dejado, por pedante, el campo asiático.

El Sr. Gómez Carrillo, probablemente no se imaginó que sus alardes de erudición perjudicarían muchísimo á los artistas imberbes de la América latina, y él, con toda seguridad se reiría á reventar, si oyera, como he oido yo, conversaciones como esta:

—¡Oh, qué admirable fué Hokusaï!..... su inspiración fué obra de la Naturaleza.....

—¡Oh, ya lo creo! Como que no pensaba en otra cosa que en las llanuras de Yezo y en las montañas de Fusiyamá....

—Y.... ¿cuál es tu pintor favorito?

—Kikoutshi Yosaï....

Y créame el artista guatemalteco, que los pedantes de hoy, tienen por costumbre desvalijar sus *Sensaciones de arte.*

* * *

Creo que para dárselas de justiciero, no es preciso alabar las obras de un autor por orden de fechas; y por creerlo así, digo con toda la sinceridad posible, que *Almas y Cerebros* — el último libro de Gómez Carrillo, — está por bajo de *Literatura Extranjera*, que es en mi sentir lo mejor que ha producido.

Es, Gómez Carrillo, hombre de emociones violentas, que ama cuanto contiene bellezas aunque no traspasen la epidermis de las cosas. De ahí, que luego se deje llevar de errores filosóficos que menoscaban su integridad de hombre ilustrado.

Ve, como grandezas, muchas pequeñeces de los poetas jóvenes de Francia; y cuando adivina en ellos un defecto monstruoso, teme al hacer la censura. Está muy lejos de poseer el desenfado de Luis Bonafoux, que se ríe lo mismo de Ibsen que de Strindberg. Verdad es que Bonafoux es humorista, y que piensa y siente á su manera; mientras que Gómez Carrillo se deja arrastrar con frecuencia de lo que habla la fama, de los juicios deslumbrantes y no siempre leales de sus críticos favoritos.



Seductora es la novedad parisiense, que aparece con toda la elegancia inimitable de una *cocotte* del Boulevard des Italiens. Esas mujeres divinizadas por el carmín y los postizos, que atraen miradas llenas de deseos, y que luego desvanecen todo entusiasmo al desprenderse de los perifollos, tienen la misma apariencia de cuantos vienen al mundo del arte con vistosísimas estrofas ininteligibles y que duran en la consideración del público lo que un suspiro amoroso.

He dicho que *Literatura Extranjera* supera al último libro de Gómez Carrillo; y necesito explicar mi opinión.

La obra *Almas y cerebros* se divide en tres partes: *Historias sentimentales*, *Intimidades parisienses* y *Las enfermedades de la sensación desde el punto de vista de la literatura*.

Los cuentos que forman la primera parte, y que es lo mejor del libro, abundan en magnificencias dignas de aplauso. *María y Hortensia*, por ejemplo, es un manojo de flores exhalando exquisito perfume. Parecen, muchos de esos cuentos, escritos para satisfacer las necesidades de un corazón enamorado.

Carecen de hojarasca, como muchos cuentos de Jacinto Octavio Picón, y deleitan por su infinita melancolía. La rutina de los cuentistas al modo de Urrecha, desespera; así como atrae la sencillez de Gómez Carrillo.

He detestado siempre á los cuentistas que sólo tienen por norma el estudio psicológico de un personaje, que concluyen siempre con un bostezo. La observación, sin embargo, no está peleada con mi modo de ser, y celebro que Gómez Carrillo, sin abrumar, no desatienda la parte científica.

***

La segunda así como la tercera parte de *Almas y cerebros*, no escasea tampoco en páginas hermosísimas y llenas de enseñanzas. Pero, me hace el efecto de ser una repetición de las obras anteriores del Sr. Gómez Carrillo, (apartándome de algunos capítulos que pertenecen á *Sensaciones de arte*).

Considero el estudio de Gabriel D'Anunzio, superior á muchos de los estudios que hace Gómez Carrillo al visitar á Bartholdi y Strindberg. En las páginas de *Literatura Extranjera* hay más agudeza, más convic-

ción. Prefiero al artista que con su visturí analiza los corazones de Nora y Rosmer, que al crítico que aprovecha algunas palabras de Max Nordau para unas cuantas consecuencias no siempre repletas de lógica.

Al hablar de François Coppée, pone en lábios del gran escritor estas palabras:

—"¿Sabe Ud. lo que me ha parecido más curioso en las crónicas consagradas por la prensa de España á la guerra de Cuba? Pues es que los españoles censuren á los cubanos á causa de que éstos, en vez de presentar batallas en regla, luchan desde sus montañas, en emboscadas. . . . Porque, verdaderamente, si algún país no tiene derecho á quejarse de esa táctica, ese país es España, que en la guerra contra Napoleón hizo con nuestras tropas lo mismo que los hombres de Maceo están haciendo con las suyas."

Gómez Carrillo no ha añadido una sola palabra á estas de Coppée, recordando que peligraba su buena amistad con *Clarín* y D. Juan Valera.

* * *

Perdone el Sr. Gómez Carrillo estas cuar-

tillas deshilvanadas que dedico á su último libro. Ojalá tuviera yo tiempo y humor para dedicarle un estudio en serio. Pero, de todos modos, habrá sabido ver en ellas, el afecto y simpatía que me inspiran sus trabajos.

Siempre tendrá en mí un admirador, como no se trate de los artistas japoneses á quienes ni conozco. . . . ni quiero conocer.



IGNACIO MORA

(Boceto histórico por Gonzalo de Quesada)

La vida de uno de los apóstoles de la Revolución del 68, escrita por uno de los apóstoles de la Revolución del 95, es extraordinariamente interesante.

Cuando Gonzalo de Quesada trazó las páginas de su libro *Ignacio Mora*, pertenecía en cuerpo y alma á su maestro Martí. Andando el tiempo, caído el revolucionario por excelencia entre el fuego y la bayoneta española, Gonzalo de Quesada adquirió formas propias sin olvidar el modelo, y es hoy en día el hijo espiritual del Mártir de Dos Ríos, pero es al propio tiempo Gonzalo de Quesada, con sus ímpetus propios, con sus entusiasmos ardientes, con su palabra de trueno.

Estas circunstancias envidiables que concurren en el propagandista de nuestras libertades, dan mayor importancia al libro que hizo cuando aun carecía de vida propia. Pero, apartándome de esta consideración que no juzgo inútil, y haciendo uso de mi habitual franqueza, declaro que el boceto histórico titulado *Ignacio Mora*, visto á través de todas las luces que dan explendor á la personalidad de Quesada, visto á través de la simpatía creciente que el autor ha adquirido desde los primeros instantes de la obra de Baire, es un pequeño monumento levantado á un gran patriota, á una gran figura que debe ser al propio tiempo un gran ejemplo.

La conspiración monstruosa que se fraguaba en la oficina de José Martí, con la ayuda entusiasta de unos cuantos emigrados cubanos, adoptó todos los medios imaginables para remover los escombros del Zanjón, y edificar sobre ellos la jornada del 24 de Febrero. No se perdía el tiempo, ni se olvidaban las tareas científicas y literarias, para lamentar las desdichas de la Patria; se recordaba que una Patria digna y culta no se hace con sollozos, y que para justificar la libertad que reclama un pueblo hundido en el lodo de la esclavitud,

es preciso rendir pruebas de que ese pueblo no tiene el gobierno que se merece, porque hay en él guerreros, mártires, hombres de ciencia, hombres de letras que pueden defender y regir los destinos de un país rico y próspero.

La base de la propaganda de Martí, era esta sin duda alguna. Recordando la figura de un Agramonte, se da forma á la de un Aranguren. Sobre todo, se necesitaba hacer ver que existieron patriotas insignes, hombres que merecen y necesitan sucesores en su obra, que no han muerto en el corazón de sus aliados, de sus compatriotas, de sus amigos, de sus discípulos.

Se necesitaba ver á Cuba como á la esclava que aguarda el momento de romper las cadenas que manchan su honra. La paz, era precurora de la guerra, y servía para meditar en lo porvenir con aplomo, para evitar errores que no tendrían perdón pasados los años del noviciado. Si á Cuba, en medio de su aparente quietud

A guisa di leon quando si posa,

que dijo Dante, no se la veía con estremecimientos de amor á la Libertad, con la mente

fija en su regeneración, los conspiradores tenían que fracasar en país extranjero.

Imprescindible era para Martí, el periódico, así como el libro y la tribuna. *Patria* clamaba contra los indiferentes. Serafin Sánchez se postraba ante los *Héroes Humildes*, Quesada desenterraba el recuerdo de *Ignacio Mora*, Martí conmovía á los patriotas con su palabra llena de vigor y sentimiento, y con su colección de *Poetas de la guerra*.

En tales días de incesante lucha, el libro *Ignacio Mora* tuvo por fuerza que dar los resultados apetecidos, uniendo al deseo de inmortalizar los que nunca deben sucumbir en el olvido, la necesidad de encender con ellos la hoguera dichosa. Muchos eran los cubanos que se prestaban incondicionalmente á lanzarse á la guerra, pero muchos los que, como dice Quesada, "desconocedores de su país temen sinceramente que sus compatriotas no se basten para la creación del pueblo libre." ¡Para estos era necesaria la historia, y para estos se necesitaban esfuerzos como el de Quesada con su *Ignacio Mora* y el de Serafin Sánchez con sus *Héroes Humildes!* . .

* * *

Para narrar la vida de un artista—Ignacio Mora lo era—precisaba la pluma de otro artista. No había sido aquella existencia que consagró sus amores y sus esperanzas á la Patria, la de un hombre sencillamente sano, lleno de cariño al terruño, que va á la pelea con el fusil en busca de españoles que cazar. No: Mora tenía todas las cualidades de un escritor de genio, de uno de esos que sacan la cabeza por sobre los demás que constituyen el pueblo, fervientes admiradores de la República democrática. Joven, llevó á la Revolución todo su contingente, y esgrimió la pluma así como la espada. Unido en laso conyugal á una mujer superior, que sentía inflamarse en su corazón el sentimiento separatista, no se vió perseguido ante el peligro por los ruegos de la mujer amada: fué ella la que con lágrimas en los ojos, dijo al marido que se iba al combate:

—"Por mí y por tí, lucha por la Libertad."

Gonzalo de Quesada describe este pasaje conmovedor con todo el respeto y la admi-

ración debida. Su pincel, al dar color á tan bello paisaje, no vacila, ni se precipita.

Durante el episodio lleno de vida en que toma cuerpo la figura del revolucionario, Quesada escribe capítulos encantadores, enardeciendo el ódio á los tiranos.

La guerra de los diez años combatió, como la actual, contra tigres. Weyler, que comenzó su carrera de sanguinario en la primera, obtuvo el título dignísimo de carnicero en la segunda. Pero, existió en aquella un monstruo que jamás podrá olvidar Cuba, un criminal que legó á España, como dijo el mismo Ignacio Mora, "un nombre más aborrecido que el del convencional Dantón:" el General conde de Valmaseda. Hundido este célebre asesino en la más terrible corrupción, no dejó de manchar á su patria cada día con sangre de víctimas indefensas. La familia de Ignacio Mora cayó bajo el puñal del conde de Valmaseda. Este dolor inmenso que inundó su alma de amargura, le hizo odiar más la tiranía española, revelándose este ódio en todos los escritos del revolucionario cubano.

Quesada sigue á Ignacio Mora paso por paso, y no se nota en su prosa sugestiva

un solo tropiezo, una sola muestra de fatiga. Capturado por fuerzas españolas en Octubre de 1875, Ignacio Mora fué fusilado por el oficial Rodríguez Blanco. Gonzalo Quesada describe esos momentos en las siguientes frases:

"El rostro de Ignacio Mora, risueño, y como transfigurado, parecía aún más bello, nimbado de rayos de gloria; su cuerpo, demacrado, irguióse; el pecho descubierto aguardaba sereno las balas; sus ojos miraban sin rencor las bocas negras de los rifles asesinos. La orden seca, precisa y temblorosa del oficial español, rompió el terrible silencio de aquellos momentos supremos. ¡La descarga!... Perceptible en ella un sonoro "¡Viva la República de Cuba!"—Y en la tierra, colorada en medio del humo que semejaba incienso santo, yacía sin un soplo de vida Ignacio Mora, el Mártir del Chorrillo!" . .

. . . .

***

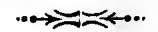
No puede ser más interesante, ni estar más lleno de fluidez y belleza el libro de Quesada. Parece la obra de un escritor familiari-

zado con los estudios históricos, sin abultar la verdad y sin aminorarla. Por eso, Gonzalo de Quesada, además de probar que es un prosista nervioso, correcto, genialísimo, ha dado pruebas de ir con paso firme sobre la exactitud de los hechos.

(1897)



MI ANARQUISTA



Camagüey, 1892

Ejerciendo el cargo altamente prestigioso de director de *La Justicia*, no he podido impedir que circulen con profusión, entre los lectores, las fechorías de Ravachol. He tratado inútilmente, á fuerza de trabajos, interesar la curiosidad pública en las fechorías del Sr. Romero Robledo, en los disparates que escribe *Cesar de Madrid*, y en las necedades que ha tenido á bien decirme el Sr. Corzo, que Dios guarde con su respetable familia.

Nada.... Ravachol se impone. Los pacíficos habitantes de la región camagüeyana se preocupan demasiado con las gracias anarquistas, y todo lo demás lo juzga vulgar y falto de interés.

—Señor director—se presenta un sujeto muy decente—¿quiere Ud. hacerme el favor de publicar estas *Ravacholadas* que he tenido el gusto de dedicarle?

—¡Caballero!—respondo.—Muy agradecido le estoy á su distinción.... Pero, créame Ud. que tenemos cosas más interesantes que las de Ravachol, y es justo darles la preferencia....

—¡Ah, sí, muy cierto!... ya sé.... la voladura del restaurant de Very....

—No, hombre de Dios, no, si la anarquía nos tiene perfectamente sin cuidado. Es lo del Sr. Romero Robledo....

—¡Oh!—me interrumpe.—¿Ha puesto alguna bomba de dinamita en el Congreso para que revienten los liberales?...

—Poco menos. Ha pronunciado un discurso terrible, y sus efectos son peores que los de toda la anarquía atentando contra la vida y el restaurant de Very.

El *Ravacholero* agita su cabeza en señal de desagrado.

—No está Ud. en lo cierto, señor—dice después de breve pausa—*lo* de Romero Robledo es cosa de poca monta, al lado del crimen anarquista. ¿No ha leído Ud. los detalles que

da un corresponsal de cierto periódico madrileño? Lea Ud.: no, mejor leo yo: "Cinco heridos graves; algunas señoras contusas; Very moribundo, con las piernas rotas; su mujer, como la Carlota de Maximiliano, convulsa y loca; gritos de hombres, ayes de niños. . . . ." ¡Oh, señor director, yo estoy indignado, me ahoga la indignación, la indignación me ciega, yo reviento de indignación ! . . .

Y así he tenido que sufrir muchas visitas. Por último, me resolví á escribir estas líneas:

¡NO MÁS RAVACHOL!

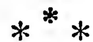
El anarquista que ha llevado á París la atención del mundo entero, perecerá bajo el peso de la ley y bajo la indiferencia de los que pronto habrán olvidado sus barbaridades. No muere un filósofo, como creen algunos: muere un criminal.

Very, andando el tiempo, tendrá mucho de qué hablar con los amigos refiriendo el hecho, si se cura de las piernas, y mirará asombrado á la Europa que no le tiene por persona importante.

Nosotros, desde hoy, tenemos que volver la vista á nuestras desdichas, para salvarnos de la anarquía futura.

Ravachol muere, pero sus aliados viven y fraguan algunas atrocidades, en las que tal vez no pensó nunca el jefe de tanto degenerado. . . . Ellos se encargarán de hacer pequeña su figura. . . .

No más Ravachol! . . .



El buen cajista tardó poco en presentarme las pruebas, y yo en corregirlas. Formado el periódico, la plancha de plomo fué á ocupar su puesto en la prensa, y con el primer estremecimiento del piso, y el ruido sordo de la máquina que empieza su tarea diaria, me colocaron sobre el escritorio un ejemplar de *La Justicia*. "Nada, pensé, ya he concluido con Ravachol y ahora la emprendo con los conservadores. . . ."

Pero de pronto un sonido alarmante interrumpió mi profunda meditación. . . . . Era el prensista que quería volar la imprenta porque era admirador de la anarquía. . . . Derribado en el suelo por sus compañeros,

y con el aspecto de un loco furioso, gritaba:

—¡Muera el director, viva la anarquía, abajo los aristócratas!

No pude menos que reirme ante los efectos de aquel célebre energúmeno, que á tantos robó el sueño y la vida en Paris. . . .

—Señor prensista—le dije- ¿con que tan joven y ya dinamitero?

—Es que me ofende el suelto que ha escrito Ud., y no es posible que yo tolere tanta injuria. . . .

Y me soltó el gran discurso en defensa de sus ideales. . . . Más tarde, algo estenuado por los golpes con que el personal de la imprenta tuvo á bien obsequiarle, dormía tirado sobre un basurero del traspatio.

Los amigos de casa, al tener conocimiento del atentado, han venido á visitar la fiera.

—Queremos conocer *tu anarquista*—me dicen, según van llegando, y yo les contesto invariablemente:

—¿Mi anarquista? Pues. . . . pasen á verle: descansa en la basura. . . .

EL SOBRINO DE SU TIO



Un barco alemán atronó el espacio con varios cañonazos, y el *Olivette* haciendo oir en toda la bahía su ronca sirena, pasó majestuoso cerca del *Sánchez Barcaiztegui*, donde parecía hallarse sumergida la pericia de la marina española.''[1] El *Olivette* se daba mucho tono.—¿A que no saben Udes. lo que llevo dentro? decía á los barcos que, descansando de sus tareas, permanecían anclados en el puerto de la Habana.—Pues llevo á una gran persona, á un separatista eminente. . . . . ¿No lo adivinan ustedes?

Los colegas del *Olivette* contestaban con

1 Del libro *Tampa.*

suma indiferencia; por fin, lanzó un pitazo frente á Casa Blanca, y algunos percibieron estas palabras:

—Aquí me llevo á Wen Gálvez.

Naturalmente, el viaje del crítico causó una verdadera alarma en los centros semioficiales.... ¡Qué horror! ¿También el literato de *El Fígaro* se va con los enemigos de España?... ¡Bueno! Nos vamos quedando solos y, al fin, nos llevará el demonio.

Un día más, y la Habana tranquila, olvidaba que el Sr. Gálvez (D. Wenceslao, sobrino de D. José María) ponía los piés en Cayo Hueso con toda la prosopopeya de un jefe rebelde.... Visitó la ciudad en calidad de observador, á pesar de que "caían algunas gotas"; y una multitud, ávida de conocer al Sr. Gálvez, le seguía.... cantando tiernas guajiras.

—¿Quién es ese joven, con figura de avestruz, que parece mirarnos con aire protector?.... preguntó un cubano.

—Es D. Wenceslao Gálvez y Delmonte que se ha dignado afiliarse al partido separatista....

El héroe continuó su viaje á Tampa. Sentía, incrustada en su cerebro, la idea del mar-

tirio; y resolvió declararse un Bolívar en paños menores.

—Este pueblo, discurrió, merece ser libre, y merece tenerme entre sus adictos. El General Pantera me ha hecho un gran favor, infundiendo en mi alma el miedo de sus infamias. ¡Viva la emigración cubana!

La primera noche que pasó en Tampa, fué saludado por hombres prominentes de "la cubanería."

—Caballero, pase usted, siéntese usted, ¿qué se le ofrece? ¿Nombrarme Gobernador de Tampa? ¡Mil gracias! No creo estar á la altura. . . .

—Usted sueña, señor, interrumpe asombradísimo el recien llegado; vengo á cobrarle el hospedaje. . . .

—Pero. . . .

—Nada, que es preciso que pague usted desde ahora : son muchos los que se van sin pagar, y usted tiene cara de autonomista....

—¡Ay!—exclamó Gálvez palideciendo—el destierro se me presenta con los colores del infierno.... ¡Qué sabias palabras las del canto improvisado de Corina!....

Y Wen, haciendo un supremo esfuerzo, pagó la cama y la cena.—¡Cubanos!—excla-

mó al penetrar en la estancia—¡Cubanos!.... ¿dónde están vuestros tesoros?... Aquí teneis al hombre de los *mosaicos*.... ¡Acudid á salvarle de los horrores de la miseria!...

* * *

Una semana transcurrió, sin que Wen recibiera el nombramiento de Gobernador. Implacable el hambre comenzaba su obra destructora, debilitando las fuerzas del crítico; el cual crítico lanza por último una exclamación de Horacio, y dice:

—*Moriture Delli*.... ¡A ganar el pan!

Los admiradores de Wen Gálvez pasaron por el dolor de verle por esas calles de Ibor City, cargado de muñecos de trapo, pregonando su mercancía:

—Santos bonitos y baratos....

Una pausa para tomar aliento y continuaba:

—Ni comen, ni beben, ni gastan zapatos!...

Dios no llamaba á Wen Gálvez por el camino del comercio, y sentó (Wen) plaza de lector en una tabaquería.... ¡Oh, martirio!... ¡Cómo duele la garganta después de gritar seis horas algunos capítulos de *Las Mariposas del alma* y *La Canalla dorada!*...

Pasaba los ratos de ocio, el escritor, confeccionando un libro de impresiones con el título de *Tampa.* ¡Un libro lleno de *gazapos* y pucheros de hombre gracioso!... D. José María, desde la Habana, le telegrafiaba:

— "Wen, ven."

El contestaba:

—"Tío Pepe, no voy."

—"No seas tonto, lo de la autonomía es un hecho."

—"Mi libro está en prensa: seguro el nombramiento de Gobernador."

Y eran estas todas las esperanzas del joven crítico; hacerle la barba á *Tampa*, y hacerse después su pro-hombre.

Una noche, el libro fué puesto á la venta: "caían algunas gotas" pero la venta era segura al salir el sol. Vino el día, y seguían cayendo "algunas gotas...."; la venta era segura después de la lluvia....

Presentóse el momento en que Gálvez vió la realidad con su horrible aspecto amenazante y, por fortuna para él, D. José María le acababa de decir:

—"Wen, ven. Sales rebelde, y llegas Juez de Guanabacoa. Quema todos los ejemplares que te queden del libro *Tampa*...."

El cambio de chaqueta, fué cosa resuelta en breves instantes. Sacudió la vieja toga de abogado, se conmovió ante el recuerdo de su tío D. José, y dijo, de rodillas sobre el mugriento lecho:

—Bien sabe Dios que amo la justicia, sobre todas las cosas. Me voy, pues, á aplicarla en el pueblo que tiembla cada vez que se mueve Aranguren . . . .

. . . .

El *Olivette* ancló en la bahía de la Habana, entristecido y abochornado. Los barcos que descansaban tranquilamente de sus tareas, parecían hacerle burla. . . .

—¿Qué te pasa? le preguntó una goleta noruega. . . .

—*Mi no comprender* . . . .—respondió el *Olivette* tratando de ocultar su vergüenza.

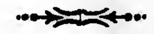
Pero un chico sucio, hijo tal vez de algún reconcentrado, que precenciaba la escena desde el muelle de Luz, gritó en un raro idioma, más raro que el *volapuk*, y que pudieron entender los barcos de todas las naciones.

—¡Es que trae á Wen Gálvez *el sobrino de su tío!*

El agua del mar se puso colorada.

(Febrero, 1898)

EN EL OCASO



A Andrés Clemente Vázquez

Querido amigo:

¡Cuánto le agradezco el ejemplar que me dedica de su último libro! No sabe Ud. los buenos ratos que he pasado leyéndole, saboreando esa riquísima amenidad que es el derroche de su talento envidiable. ¿Vale algo mi opinión? Indudablemente que no, pero.... ¿cómo resistir al deseo de dedicar algunas líneas al libro que durante varios días fué el escogido entre cuantos esperan su turno, sobre la desgreñada mesa de campaña?

Yo no tengo ningún motivo que me impele á celebrar lo que me disgusta, y en ocasiones distintas, por sobre nuestra amistad

invariable, se han cruzado artículos de polémica: mi juicio es sincero.

Aunque Ud. declare que no es crítico, y deje ver que no le agrada la tarea de Juez, yo creo que el sentido crítico, es una de las notas vibrantes de su libro *En el Ocaso*. Ve Ud. muy claro, discurre Ud. muy sensatamente al hablar de *Los Leonardistas*, se muestra Ud. benigno y complaciente al referirse á Sánchez Fuentes, y adivina en la *Suprema Ley*, de Federico Gamboa, lo que tal vez ignoraba el autor.

¿Por qué no quiere Ud. que le tengamos sus lectores, por un crítico perspicaz y sereno? Lo ignoro; pero tengo para mí que le sucede algo parecido á lo que sufre Sánchez Pérez, que suele ser víctima de su benevolencia. Como el escritor español, Ud. no dedica jamás páginas agrias á los artistas adocenados, á los que prostituyen el buen sentido, á los que Zola profesa un odio inextinguible, porque odia antes que nada la tontería.

Es tan amplio y tan difícil, por consecuencia, el campo de la crítica, ya filosófica ó artística, y tan obscuro á la vez para formarse el escritor su verdadera situación intelectual, influyen en él con tanta vehemencia los do-

lores físicos y morales, el ambiente en que se agita el crítico, y las ilusiones que cambian al pasar el hombre de la juventud á la madurez de la vida, de la madurez de la vida á la ancianidad, que una misma obra, de esas celebradas por todo el mundo, que van de una generación á otra, y que resisten á las veleidades de la filosofía y del arte, una de esas producciones que se agitan en toda época, no merece, á juicio del crítico, la misma impresión en distintas fases de su vida, y la que fué su primer encanto, es defectuosa y aburrida al llegar á los cuarenta años.

¿Pero es este motivo para que los escritores fecundos, que saben pulsar bien la obra ajena, olviden que de la discusión nace la la luz, que en la batalla es preciso atacar, único medio de poner en salvo los principios, las tendencias y las formas riquísimas del verdadero arte?

Estamos en la época del anarquismo social y del anarquismo literario. Cruzan, con el nombre de *decadentistas*, sombras que llevan la ruina al buen gusto; y aman los locos, los enfermos, los desequilibrados, ese arte anémico, sin profundidad, que ahora es *modernismo*. . . .

Para el campo de la crítica, para la crítica castellana, Ud. sería una buena adquisición, no porque falten críticos en número, sino porque faltan en calidad.

La crítica, entre nosotros, ha tomado grande incremento, y no habrá un literato concienzudo de estos tiempos, que se lamente —como se lamentaba Arnold en Inglaterra— de *la falta* de críticos en la literatura castellana. Bien es verdad que no ha tenido enemigos de la crítica tan eminentes como Wordsworth que, en tiempos lejanos, la calificó de "tarea mezquina." Son todos los extremos viciosos, en mi sentir, y tanto perjudican en exceso como en defecto. La crítica ahora y en toda época, es la sanción de un movimiento literario robusto. Lo prueban así la literatura francesa y alemana. En España, en donde todo se encuentra en plena decadencia, disminuye el número de obras buenas, pero aumenta el de autores que con la abundancia de críticas inteligentes podrían llegar á ser algo, impulsados además por cierto esmero que impone el *espíritu* crítico con que nacen todos los españoles. Puede muy bien rebasar esta mala transición de la literatura ibérica, y (si para ello encuentro dificultades de algu-

na importancia, todas son subsanables), volver á la Europa intelectual repleta de genios que no le faltan en su historia.

Sin embargo, esta especie de Renacimiento se hará esperar, y no lo veremos ni aun los que podemos llamarnos jóvenes. En el arte, ejercen su poder las calamidades que azotan al país, y cuando las que hoy descalabran á la patria de Felipe II, se resuelvan en una Revolución de que no puede prescindir, brotarán de sus entrañas obras tal vez más grandes que las posteriores á la Revolución francesa, y aun cuando no se alejen ambas Revoluciones en su carácter esencialmente político, es probable que la futura no merezca el reproche que la francesa mereció á Gœthe, no contribuyendo á "retroceder la pacífica cultura."

La facultad crítica, inferior á la creadora, se encuentra actualmente en su apogeo. Sus amantes se multiplican, y su influencia crece. No opino, y en esto abandono todo sentimiento apasionado, con los que aseguran que una mala crítica perjudica más que una mala creación; entre otras razones, porque la obra creadora es la que más cuerpo toma en el espíritu, y la de más difícil desaparición cuan-

do lleva entre sus defectos alguna belleza puramente plástica.

La crítica española, á pesar de su propagación, se mantiene en un círculo vicioso, y por lo tanto peca de estrecha. Pudiera llegarse á decir que no es verdadera crítica, sin mengua de su prolijidad en pormenores. Trata poco del fondo de las cosas, y vive luchando á brazo partido con minuciosidades de pura forma. A un escritor de genio, se le juzga por un verbo mal conjugado, ó por una palabra mal escrita. Unos á otros se echan en cara su ignorancia, y todos tienen razón.

En cuanto al movimiento literario—crecido pero débil—se le juzga sin prévio análisis. Una obra es aplaudida ó censurada según las ideas políticas y religiosas que imperan en el creador, dándose el triste espectáculo de que mientras unos colocan á Galdós—sirva de ejemplo—en lo más alto de la gloria, otros le atacan como si se tratara de un Montepín.

Por lo general, estas agresiones injustificadas llevan por base sentimientos, ó mejor dicho aturdimientos religiosos. Hay talentos como Menéndez y Pelayo, que á este res-

pecto sacrifican su integridad, censurando á veces bellezas que llenaron de entusiasmo su sér artista.

Yo creo que al crítico debe exigírsele el temperamento de artista, para que sepa sentir, no las ansias de borrajear cuartillas disfrazando con más ó menos habilidad la falta de poder creador, con la facultad crítica. No he adivinado jamás en los críticos españoles más serios, la imposición del crítico sobre el artista productor; necesitan apelar á la flecha satírica que disimula la falta de análisis y erudición.

Pensar, pues, que la crítica española ejerce poca influencia en su literatura, no es salirse de una medida lógica, más aún si se tienen en cuenta consideraciones de verdadera trascendencia. El crítico, en España, no busca la irrevocable fuerza de un argumento científico; se contenta con mover á risa al lector.[1] No se encuentran fácilmente las magnificencias de una idea nueva, generadora, aun en los que más presumen de originales.

La magistratura intelectual, como diría un crítico francés, domina investida por un pú-

1 Lo cual es malo tratándose de los buenos escritores, y excelente tratándose de los necios.

blico poco amigo de leer. Valera es grande porque sí. Campoamor es el poeta de la metafísica, á través de sus plagios innumerables. El público español les admira, á disgusto de los que tienen cierta sensatez, y no les abandona por la poca influencia que en él ejerce la crítica, un tanto desprestigiada, de las minuciosidades.

Esos talentos que en cada generación han sido un símbolo: esos genios que habían de rivalizar, y rivalizaban bien, con los de Francia, Alemania é Inglaterra, han muerto dejando por herederos á medianías que dejan á su paso, en el movimiento literario del Viejo Mundo, la huella imperceptible de una mosca al detenerse en la húmeda vidriera.



Perdone Ud., querido amigo, que me engolfara en apreciaciones que al parecer me alejan de su libro *En el Ocaso*. Si Ud. se fija bien en mis palabras, notará que la falta de buenos críticos, me hace sentir á los que, pudiendo ser excelentes, no se dedican; Ud. reune todos los requisitos á que me he referido anteriormente.

Me ha llamado la atención su trabajo sobre las grandes Academias francesas; pero nada tan hermoso, como el dechado de pensamientos que encierra en el título de *Páginas de Album.*

Los tigrillos de Costa Rica, es un artículo que pertenece á la encantadora y entretenida literatura de Daudet; *Mis parientes en Rusia* tienen la sencillez de un artículo de Mariano de Cavia. . . .

Pero ¡cuánta poesía, poesía de un cantor imaginativo á lo Heredia, en *Las noches de Waterloo!* . . .

Por último, amigo Vázquez, no quiero cansarle más, y concluyo aquí esta carta, en la que he hablado de las magnificencias de su libro y suprimido defectos que advierto, y que son muy pocos al lado de las buenas cualidades de su pluma. También dejo pasar algunos distingos que pondría á ciertas páginas que hubiera hecho pedazos, de buen grado.

El tiempo se encargará de explicar muchas cosas que el misterio oculta. . . . ¡Qué día tan feliz para los que, admirando al escritor y abrazando al amigo, no pueden desvanecer las dudas de los desconfiados! . . . .



RIPIOS



I

Después que el simpático escritor Larrubiera, dió fin á un bonito cuento con un *gemido que*, según él, *resonaba á lágrimas*, no he leído nada más detestable que la historia de amores (*Epitalamio*) *debida á la pluma* del Sr. Ramón del Valle-Inclán.

Con decir que este Sr. Valle-Inclán se daría con un Inclán en el Valle, digo, con un canto en los pechos, si le declarase rival de Urrecha. . . .

Antes pensaba yo muy seriamente:

—El primer necio que hay en España es Palau. . . . Sí, es muy cierto, pero no hay que olvidar á Urrecha que fué á Italia menos *ripioso* de lo que volvió. . . .

Ahora, en vista de los acontecimientos literarios, confieso que el Sr. Valle-Inclán merece un puesto honorífico entre Palau y Urrecha. . . .

¡Qué honor para la *Colección Flirt!*



No me explico, por qué á ciertos libros (que no valen ni el trabajo de abrirlos) se les da curso y cabida en el número de las producciones buenas.

Voy creyendo que es cuestión de dinero.

¿A que el Sr. Valle-Inclán resulta. . . . un millonario?

¡El Rothschild de la literatura española!



Epitalamio. . . . Realmente, D. Ramón, tiene Ud. talento. Porque el título es muy simpático; tal vez lo único pasable de toda la historia. . . .

¡Y pensar que el Sr. Valle-Inclán se ha gastado un par de años en escribir su libro, y un par de millones en darlo á luz! . . .

Es preciso publicar una de esas *Colecciones* con el título siguiente:

COLECCION ROTHSCHILD

(NOVELAS DE MILLONARIOS)

y así, no nos engañan las *portadas* bonitas y los apellidos retumbantes.

—Oiga usted, señor librero ¿qué ha recibido usted nuevo?

—Pues una novela de Jacinto Ruiz Perfumado. . . .

—¿Qué *Colección?*

—*¡Rothschild!*

—¡Malo! Eso es asunto de millones. . . . de disparates. Declino el honor. . . .

* * *

Epitalamio. . . .

Augusta es una descocada que empieza comiéndose á besos á un poeta que se llama Attilio Bonaparte—sin permiso de Napoleón I.

Eso nada tiene. Será su esposo. . . . su novio. . . . Porque á mí me parece *el Inclán* una

persona muy decente incapaż de consentir ciertas inmoralidades.

Pues no. Augusta exclama:

—"Mañana llega mi marido, y tendremos que vernos de otra manera, Attilio."

Y el Sr. Valle etc., que creyó dar con esto en el clavo, haciendo interesantísima su novela al comenzarla, llenando de curiosidad á sus lectoras—digo *lectoras* porque los millonarios sólo escriben para *ellas* . . . . ¡lo único que les falta por conquistar!—pues no, Sr. Valle etc., al hacer Augusta su inmoral declaración, le quitó *el interés* á la novela, porque lo único *interesante* del libro consistía en saber qué clase de amor unía á Bonaparte con Augusta.

Y es raro que perdiera el Sr. Valle-Inclán lo del *interés*.

Porque justamente *el interés* es lo que jamás pierden los millonarios.

* * *

Dice Inclán:

"Como el calor de un vino añejo, así corría por su sangre aquel amor. . . ."

Me parece que esto es un abuso.

Decir tantos disparates en tan pocas palabras, es ponerme en un aprieto. . . . porque no sé á cuál dirigirme, dándole la preferencia.

Yo quisiera saber cómo corre el calor de "un vino añejo. . . ." y cómo corre el amor por la sangre.

Seguro estoy de que mis lectores no sospechan siquiera lo que sigue:

. . . "aquel amor de matrona lozana, amor voluptuoso y robusto como los flancos de una Venus. . . ."

Sépanlo bien mis lectores:

—¿Cómo corre el calor de un vino añejo?

—¡Como el amor por la sangre!

—¿Y cómo es el amor de matrona lozana?

—Voluptuoso y robusto. . . .

* * *

Diálogo delicioso:

—"¡Ojos míos queridos! . . . Quisiera robártelos y tenerlos guardados en un cofre de plata con mis joyas!

"El príncipe Attilio sonrió.

—"¡Róbamelos, madona! Veré con los tuyos.

—"¡Embusterísimo!

—"¡Preciosa!

"Inclinóse el príncipe, y la dama juntó los labios esperando. . . ."

A estos puntos suspensivos no puede negárseles gran importancia.

Desde luego ocurre la duda: "¿qué esperaba Augusta juntando los labios?"

Entretanto, el marido inocente. . . . ¡El que creía haber monopolizado eso de que Augusta *esperara. . . . juntando los labios!* . . . .

***

El Sr. Valle-Inclán debe suponer que su obra vale poco para dedicarle muchas cuartillas. . . .

Debe suponer, además, que yo no tengo sus millones; el tiempo es el único dinero de que dispongo. . . . si es cierto el dicho inglés.

Y con tal motivo, me privo de una diversión bastante entretenida.

La de reirme de los ripios del Sr. Valle-Inclán.

II

D. Pompilio Serra es otro que bien baila. Prueba de ello es el folletito *Baratillo*, que dedica á su señor padre, modelo de hombre honrado y virtuoso.

En una de las composiciones que forman el folletito citado, hay una en que *él*—¡vaya usted á saber quién!—cede *al rogar* (textual) de *ella*, y *él* concluye por besar al niño en la cuna.

Créame el lector que no ha pasado más, pues D. Pompilio añade:

"COMENTARIO

Y aquí tienes embebida
mi idea, mujer querida."

Eso se llama comentar bien, y someterse á la voluntad de un consonante.



Pensamiento profundo:

"La felicidad, la suerte
las comparo á la ancha herida. . . ." etc.

¡Comparar es!



Lo intolerable es que el Sr. Serra, por muy honrado que sea su señor padre, se tome la libertad de escribir *Guajiras*.

Oigan ustedes:

"Estrechando en su agonía
tu talle esbelto y airoso,"

Que no quiere decir nada, pero dejémosle proseguir:

"ciñendo tu cuerpo hermoso
te dijo que se moría,"

¿Quién se lo dijo? ¿El talle? . . .

"si en su auxilio no venía
de un corazón también preso
algún mágico embeleso. . . ."

De lo que resulta que quien le dijo semejante disparate, es un tonto. Porque, para el que adora un cuerpo hermoso ¿qué más embeleso que

"tu talle esbelto y airoso"?

Concluye la *Guajira:*

"¿Niegas qué besaste, hermosa?
Pues dice la selva umbrosa
(*¡Vaya una cosa*
tan horrorosa!)
Que escuchó el rumor de un beso."



Sr. D. Pompilio Serra,

Mal poeta y otras yerbas:

Cuando el Sr. Rafael M. Liern le anime á publicar otras 44 páginas de poesía, acuérdese Ud. que los *Ensayos* que ha titulado *Baratillo* son insoportables. Pero, si el Sr. Liern—que debe ser un majadero—se empeña en que Ud. se ponga en ridículo otras 44 veces. . . . pues salga del apuro con *Peteneras*, y abandone su empeño en hacer *Guajiras*.

Beso á Ud. la guitarra, digo, la mano.

III

En Santa Ana (República del Salvador) se publica un periódico de intereses generales con el título de *El Occidental.*

Tengo el placer de presenlarlo á mis lectores con el siguiente párrafo, que es un excitante maravilloso:

"Las crónicas de modas publicadas durante la semana última *coinciden en aquello de meterse en honduras*, mejor dicho en interioridades que suelen ser deliciosas. Todas ellas hablan de la ropa interior."

Después, *El Occidental* hace un juicio crícrítico sobre las camisas de "fina batista blanca."

¿Y el pantalón "femenino"? Pues.... "una verdadera *cascada* de puntillas y encajes. Se hace siempre blanco, *adornado de lacito* de seda color crema."

Sr. *Occidental:* esa literatura es indecorosa y poco honesta.

Sobre todo.... antihigiénica.



Un caballero que se firma F. J. Rivas, y que colabora en *El Occidental*, desde Sonsonete, escribe una oda en prosa, acerca de un asunto lúgubre.

La muerte de María Delgado, q. e. p. d.

Oigamos á F. J.:

"¡La mujer!... Bendigamos ese ser y ante *ella*...."

¿Y ante *ella?*

Anda Ud. mal, F. J., porque en todo caso *ante él, ante el ser* que Ud. quiere que bendigamos.

Siga Ud:

"y ante ella doblemos la rodilla."

Queda fuera de compromiso todo reumático ó persona que no tenga rodilla.

"Sí, doblemos la rodilla ante la tumba que cubre los *débiles* despojos de la que fué María Delgado."

Lo extraordinario sería que los despojos de la difunta, en lugar de ser *débiles* fueran de bronce.

"Sublime es la oración que *se levanta de una alma virginal*...."

¡Oh, Sr. Rivas! ¿Con qué es Ud. virgen y. . . . mártir?

¡Sublime! tiene Ud. razón ¡sublime!

Continúa:

". . . . cuando en profundo éxtasis ante el altar, eleva su plegaria al Supremo Bien."

Ahora sí que doblo yo la rodilla ante San Rivas, virgen y mártir.

"¡Qué triste *debe de haber* sido la que elevó María, en medio *de las ondas azules, del lago traidor*. . . ."

¡Desdichada María!

Probablemente se ahogó dándose un baño de lago.

***

Leo en *El Occidental:*

"La policía presta buenos servicios. . . ."

Vamos, Sr. *Occidental*, no se haga Ud. *el sueco.*

Si la policía prestara buenos servicios, ya estarían todos sus redactores y colaboradores en la cárcel. . . .

—¿Por qué?

—Porque *coinciden en aquello de meterse en*

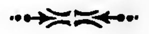
honduras. . . . Porque los pantalones femeninos *son cascadas* (¡¡horror!!) y. . . . ¡ya lo sabe Ud! por falta de respeto á la difunta María Delgado.

En cuanto á F. J. Rivas (virgen) merece cadena perpetua. . . .



MONTORO
EN SEMANA SANTA

(Con permiso de la Autoridad Eclesiástica)



A C. R. Villaverde.

I

El insigne Ministro de Hacienda, pensaba detenidamente sobre el porvenir de la Colonia. "Por muy optimista que sea, murmuró de repente, lo veo tricolor. . . ."

Entregado á semejante éxtasis autonomista, le sorprendió la mañana, y al aclarar, fijó la vista en el sol que aparecía brillantísimo entre densas nieblas que semejaban humo de metralla. . . .

Miró después su almanaque rojo, adherido á la pared:

—Jueves santo. . . .

II

Poco á poco, Rafael Montoro se fué.... quedando dormido. Soñaba con Jesucristo, el Redentor del Mundo.

—¡Ah!...—exclamó, sentado á la diestra del Todopoderoso:—¡Yo fuí también el Cristo de una idea!...

Nadie le hizo caso. El hijo de San José discutía con Renán.

—¡Yo tendré mi Renán!—gritó el Sr. Montoro.

Y tomando en la mano una antorcha, dijo:

—La única persona digna que he conocido es Weyler....

Y empezó á buscarle prolijamente.

III

No tardó en hallarle.

—¡Valeriano! ¡Valeriano!

El General, que tenía unos cuernos rojos, estrechó á D. Rafael en cariñoso abrazo.

—¿Ya reunió Ud. la gente?

—Sí.

—¿Invitó Ud. á Napoleón I?

—¡Ay!—exclamó Weyler—Napoleón I no quiere venir, y me ha repetido la frase que en Santa Elena dedicó á Sir Hudson Lowe:

—Ud. deshonra á su nación, y lleva un nombre que será una afrenta.

IV

El *meeting* tuvo lugar en una nube muy espesa, algo distante del trono divino.

—El Sr. Montoro tiene la palabra—dijo el Cid Campeador que presidía.

—Gracias por la distinción, querido Cid.... seré breve. Yo sé que mi elocuencia admirable no os causa fastidio, pero deseo sólo que conozcáis los hechos.

Los insurrectos cubanos, me crucificaron á mediados de 1898 (apenas hace ocho siglos) y un nieto de Gálvez, me dirigió su correspondiente oración fúnebre:

—"Adios, Cristo de la autonomía. ¡Te veneramos, sí, pero después de crucificado!... Fuiste un solemne tipo entre los tipos.... Dios te perdone."

El Jefe del Gabinete me entregó vilmente á las hordas de Gómez. Govín, sentó plaza de soldado en el ejército libertador. ¡La víctima fuí yo! Andando el tiempo, un descendiente de Gálvez ha escrito una obra titulada: *Montoro, su vida, sus actos políticos, su muerte*, y niega audazmente la existencia de "semejante *mequetrefe*."

"Montoro—dice—es la leyenda de la Revolución; como leyenda puede pasar. Un cubano como él, no pudo existir jamás. Representa sólo el atraso de la dominación española en Cuba, y nos sirve de símbolo.

"El verdadero Montoro es Alfonso VII, que dió tal nombre á una ciudad de Córdoba. Se refería á la cualidad de los habitantes de ese pueblo, que tenían el cerebro parecido al del *toro manso*, y el pueblo español, en un rato de buen humor, dió al monarca el alias de *Montoro*.

"Alfonso VII cada vez que se le decía *El rey Montoro*, mandaba á su ofensor á la horca...."

¿Dudar de mi existencia? ¿Dudar del Cristo de la autonomía? . . . ¡Oh, es preciso, señores, que se le mande una comunicación á ese historiador ignorante!

V

Sr. X.:

Reunidos en esta nube celestial, hemos acordado dar fe, de que existió á fines del siglo XIX un tal D. Rafael Montoro, á quien se le llamó el Cristo de la autonomía, por haber sido crucificado en pró de la Libertad.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! . . .—gritaba Weyler entusiasmado, sacando su navaja:—¿no hay aquí reconcentrados?

Y como quisiera cometer alguna atrocidad, el Cid le detuvo por los cuernos rojos....

VI

A las seis de la tarde, despertó el Ministro de Hacienda. Asomó su elegante busto

en un balcón que parecía un ataúd, mientras silencioso cruzaba la calle un Cristo inmenso, cargado por voluntarios.

¡Qué emociones tan raras produjo en Montoro, la dulce y tristona fisonomía del Nazareno!

No pudo resistir, y se escondió. La noche llegaba. . . .Todo parecía contribuir á la desesperación del Ministro.

VII

Sesión extraordinaria: Viernes Santo.

Habla Montoro. Preside Blanco.—Señores: estoy muy afligido. Esta Semana Santa me asusta. ¿Sabéis lo que he visto anoche en el cielo? ¡Un cometa que parecía la estrello solitaria de los rebeldes!

Blanco siente un escalofrío terrible.

—¿Ha dicho el señor Ministro "un cometa"?—pregunta.

—Sí, mi General.

—¡Ay! . . . ¡ay! . . . (Blanco cae desmayado, y al volver en sí, dice:)

—Ese cometa es el precursor de la muerte de nuestra autonomía, así como un cometa anunció la muerte de César.

Los señores Ministros lloran profundamente.

Y Montoro, confundido, piensa en el castigo, en la cruz y en la posteridad. . . .

INDICE

DEL MISMO AUTOR

OBRAS DE VENTA

EN LA

LIBRERIA DE J. BUXO Y C[IA.]

DE MEXICO

Y LA DE FERNANDO FE, DE MADRID

RASGUÑOS

(SATIRAS Y CRITICAS)

Contiene: Roma.—Crítica en sueños.—Toros.—Correspondencia de genios.—Naufragio.—Apuntes de viaje.—Zig-Zag.—La buena fama.—Ripios.—Manuel de la Cruz.—La venida del general.—La dama del mar.

En España. . . . . 1.50 pesetas.
En México. . . . . 50 centavos.



ESCARCHA



PROLOGO DE MANUEL DEL PALACIO

De la Real Academia Española.

Contiene: Paisajes mexicanos.—Zig-Zag, —París.—La hija del Rimac.—Solfeo.—¡Muertos dormidos!—Los que no saben.—¡Pobrecillo!—Copos de nieve.—La moral.—Juan José.—Apuntes de viaje.—Impresiones.—La gran fiesta.—Palau.—Los majos de Cádiz.—Divagaciones.

En España . . . . . 1 peseta.
En México . . . . . . 50 centavos.

PAGINAS LIBRES

Contiene: Ante París.—¡El rey!—La guerra. —Claro-obscuro. — María Tubau. — Apuntes de viaje.—Impresiones.—¡Vivir!—Genio y figura.—Salvador Rueda.—Ripios. —Misericordia. —¿Marqués?—Guasa yankee.—La independencia de Cuba y los desplantes de D. Juan Valera.—Valdivia.

En España . . . . . . 1.50 pesetas
En México. . . . . . 0.50 centavos.

TRATADO ANALITICO

DEL

JUEGO DE AJEDREZ

Para aprender á jugarlo sin necesidad de maestro

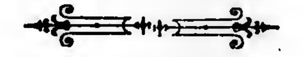
(Segunda edición aumentada)



Un volumen en 8º, con los siguientes fotograbados: Márquez Sterling, Rosenthal, Lipschütz, Pillsbury, Showalter, Dr. Tolosa Carreras y Lasker.

Contiene además, la biografía de Lasker y un estudio sobre Ajedrez Moderno.

En España . . . . . 3 pesetas
En México $1.25



OBRAS DE VENTA

EN LA ADMINISTRACIÓN

de

"El Continente Americano"

CALLE DE DOLORES No. 1

ARQUISTERIO.—Libro humorístico de actualidad, precio. . . . . $ 0 25

AUTONOMIA (La).—El tema político de actualidad 0 25

BYRNE (Bonifacio).—Efigies, sonetos patrióticos 0 50

CELADA (Fernando).—En Capilla, monólogo en verso 0 10

CONQUISTA (La) de México, impugnación á su historia 0 25

MÁRQUEZ STERLING (M.)—Rasguños, sátiras y críticas (quedan 6 ejemplares) 0 50

—Páginas libres, política y literatura 0 50

—Mesa revuelta, política y literatura, con prólogo de Remigio Mateos 0 50

ROSAS (Julio).—Mi odio á España 0 25

SERRA (Rafael).—Ensayos políticos . . . 1 00

NOTA.—Las obras de venta en esta Administración, serán admitidas á quien las solicite, **previo pago adelantado.**

Para pedidos mayores de 12 ejemplares, de las obras de M. Márquez Sterling, dirigirse al autor: México, Apartado 818.